

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO III.—NÚM. 40.

ADMINISTRACION:
SAN OPROPIO, 7.—MADRID

15 de Febrero 1900

SUMARIO

SOCIOLOGÍA: *La sociedad actual*, por Pedro Kropotkin.—*El individuo y el Estado*, por Francisco Giner.—*La anarquía: Su fin y sus medios*, por Juan Grave.
CIENCIA Y ARTE: *Fisiología*, por el Doctor Fernando Lagrange.—*¿Qué es arte?*, por Federico Urales.—*Los sepulcros blancos*, drama en tres actos, por Jaime Brossa.
SECCION LIBRE: *Tolstoy*, por Leopoldo Bonafulla.—*El fenicio*, por G. Gomila.
TRIBUNA DEL OBRERO: *Entre jaras y brezos*, por Aurelio Muñoz.

SOCIOLOGIA

LA SOCIEDAD ACTUAL

SU PRINCIPIO

No nos detendremos á hacer aquí una crítica de la sociedad actual, tantas veces hecha y rehecha de cincuenta años á esta parte, bastando á nuestro objeto dirigir una mirada á nuestras sociedades modernas, para determinar mejor dónde vamos, qué es lo adquirido hasta el presente y qué esperamos conquistar en lo porvenir.

La sociedad actual no es el resultado de un principio cualquiera, sino que, como todo organismo viviente, representa, por el contrario, un resultado muy complejo de luchas y compromisos mil, de supervivencias del pasado y de aspiraciones á un porvenir mejor.

El espíritu teocrático de la antigüedad más remota, la esclavitud, el imperialismo, la servidumbre, el municipio medioeval, las preocupaciones antiguas y el espíritu moderno: todo se encuentra en esta sociedad representado en mayor ó menor proporción, con todo los matices, bajo todas las formas de atenuación imaginables.—Sombras del pasado y siluetas de lo futuro, costumbres y concepciones que datan de la edad de piedra y tendencias hacia un porvenir que se vislumbra apenas en el horizonte: todo se halla también en lucha continua en cada individuo, en cada capa social, en cada generación, como en el conjunto de la sociedad entera.

* * *

Considerando las grandes luchas, las grandes revoluciones populares efectuadas en Europa desde el siglo XII, vemos dibujarse un principio: la abolición de lo que había sobrevivido de la esclavitud antigua bajo su forma mitigada, la servidumbre. Todas tenían por objeto emancipar, ora á los campesinos, ora á los trabajadores de las ciudades, ora á unos y á otros á la vez, *del trabajo obligatorio*, que les imponía la ley en favor de tales ó cuáles amos.

Declarar el hombre libre de disponer de su persona, de trabajar en lo que quiera y cuanto quiera, sin que nadie tenga derecho de obligarle: *emancipar la persona* del campesino y del artesano, tal fué el objeto de todas las revoluciones populares: del gran levantamiento de los municipios en el siglo XII; de las guerras de campesinos en los siglos XV y XVI en Bohemia, en Alemania y en los Países Bajos; de las revoluciones de 1381 y de 1648 en Inglaterra, y por último de la gran revolución en Francia.

Es verdad que el objeto sólo fué alcanzado en parte. A medida que el individuo se emancipaba y que conquistaba su libertad individual, se le imponían nuevas combinaciones económicas para coartar su libertad, para forjar nuevas cadenas y para someterle nuevamente al yugo por la amenaza del hambre, del mismo modo que los siervos rusos, emancipados en 1861, con la imposición de pagar su rescate y la ruina económica que vino á continuación, vieron reconstituir la servidumbre bajo una forma nueva, la forma económica.

Y no obstante, á pesar de todo, el principio dominante de las sociedades modernas, es el de la libertad individual, reconocida, al menos en teoría, para cada uno. En el terreno legal, el trabajo no es ya obligatorio para nadie; no existe ya una casta de esclavos obligados á trabajar para sus amos, y no hay siervos forzados á dar á su amo tres días de trabajo por semana en cambio de la parcela de tierra á que quedaban encadenados toda su vida: cada uno es libre de trabajar, si quiere, tanto como quiera, y en lo que quiera.

Tal es, repetimos, en teoría, el principio dominante de la sociedad actual.

Sabemos perfectamente, y los socialistas de todo matiz no cesan de demostrarlo diariamente, hasta qué punto es ilusoria esa libertad. Un número infinito de hombres, mujeres y niños se ven continuamente forzados, por la amenaza del hambre, á ceder su libertad, á dar su trabajo á un amo en las condiciones que á éste le plazca imponer. Sabemos también, y procuramos demostrarlo patentemente á las masas, que bajo forma de renta, alquiler ó de rédito, lo mismo el trabajador industrial que el agrícola, continúan dando, á varios amos, en lugar de uno, los mismos tres días semanales de trabajo, y frecuentemente más, solamente para obtener el derecho de cultivar la tierra ó el de vivir bajo un techo (1). Sabemos, además, que si un economista se tomase el trabajo de calcular y reducir á cifras precisas todo lo que diversos amos (el patrón, el propietario, los intermediarios, los rentistas, etc., etc., y además el Estado) extraen directa é indirectamente del salario del obrero, causaría dolorosa sorpresa ver la mínima cantidad que le queda para pagar á los demás trabajadores, cuyos productos consume; es decir, el trabajo del gañán que hizo brotar el trigo que come, del albañil que edificó la casa que habita, del sastre que le viste, y así sucesivamente, y más dolorosamente impresionaría ver lo poco que toca á los trabajadores que produ-

(1) La tremenda verdad que contienen estos datos hace que resulten ridículas las siguientes suposiciones en que el llamado *papa de los obreros* funda sus teorías económicas:

«Si el obrero presta á otro sus fuerzas y su industria, las presta con el fin de alcanzar lo necesario para vivir y sustentarse, y por esto, con el trabajo que de su parte pone, adquiere un derecho verdadero y perfecto, no sólo para exigir su salario, sino para hacer de éste el uso que quisiese; luego si gastando poco de ese salario ahorra algo, y para tener más seguro este ahorro, fruto de su parsimonia, lo emplea en una finca, síguese que la tal finca no es más que aquel salario bajo otra forma, y, por lo tanto, la finca que el obrero así compró, debe ser tan suya propia como lo era el salario que con su trabajo ganó.»

Esos obreros que con sus ahorros y su parsimonia compran fincas, no existen en el mundo. Al papa le han engañado, lo cual habla poco en favor de su infalibilidad.

cen lo que este otro obrero consume, y la parte rica y saneada que perciben los señores del feudalismo moderno (1).

Conste que ese despojo del trabajador no se hace ya por un amo legalmente impuesto: hay para ello todo un mecanismo excesivamente complejo, impersonal é irresponsable. El trabajador da una parte considerable de su trabajo á otros, lo mismo que en los siglos pasados; pero no lo hace ya bajo el látigo del amo: la violencia ya no es personal y directa; se le despedirá, pero no se le atará á un banco en la sala de policía para darle una paliza por haber cortado mal un traje, ó por haber cultivado mal una tierra, como se hacía aún en nuestros días en la Europa oriental y se practicaba antes universalmente.

*
* *

Bajo el régimen actual, frecuentemente más feroz y cruel que el antiguo, el hombre conserva, á pesar de todo, un sentimiento de libertad individual. Sabido es que ese sentimiento casi no es más que una ilusión para el proletario; pero forzoso es reconocer que todo el progreso moderno, lo mismo que todas nuestras esperanzas para lo porvenir, están fundados en ese sentimiento de libertad del individuo, por limitado que sea en realidad.

Es indudable que el más infeliz descamisado, en los momentos culminantes de miseria negra, no cambiará su albergue bajo el arco de un puente por una escudilla de sopa diaria, garantida con la añadidura de la cadena del esclavo. Más aún: ese sentimiento de libertad individual, ese principio tan caro al hombre moderno, da lugar á que poblaciones enteras de trabajadores acepten meses enteros de privaciones y miseria y aun desafíen el poder de las bayonetas.

Obsérvase, en efecto, que las huelgas más obstinadas y las rebeliones populares más desesperadas son en la actualidad las que tienen por origen cuestiones de libertad, de derechos adquiridos, más que las promovidas por aumento ó defensa de jornal.

*
* *

El derecho y la libertad de trabajar en lo que el hombre quiera y tanto como quiera, queda, pues, el principio dominante de las sociedades modernas, y la acusación más grave que los socialistas formulan contra la sociedad actual, consiste en demostrar que esta libertad, tan querida del obrero, es en todas ocasiones absolutamente ilusoria; que el principio, sobre el cual todos están conformes, se viola por una serie de monopolios; que el que no posee nada se convierte en siervo del que posee, ya que se ve forzado á aceptar las condiciones que éste le impone para poder trabajar, y toda vez que paga á los ricos un tributo considerable gracias á los monopolios concedidos á favor de esos mismos ricos. Esos monopolios los ataca el pueblo, no por la ociosidad que permite á las clases privilegiadas, sino principalmente á causa de la dominación que les asegura sobre la clase obrera.

No reprochamos á la sociedad moderna que haya abierto falsa vía proclamando que en lo sucesivo cada uno trabajará en lo que quiera y tanto como quiera, sino que haya creado condiciones de propiedad que no permiten al obrero trabajar tanto como quiera y en lo que quiera; tratamos de madrastra á esta sociedad, porque ha colocado al trabajador de los campos y al de la industria en condiciones que anulan el prin-

(1) No es probable que los economistas se tomen ese trabajo. Más fácil es que continúen desviando la opinión del conocimiento de la sociología para favorecer el privilegio.

cipio de libertad individual; porque reduce al obrero al estado de servidumbre disfrazada, en que la miseria le obliga á trabajar, á enriquecer á sus amos y á perpetuar para sí mismo su estado de inferioridad.

**

Ahora bien; si es cierto que este principio «trabajarás en lo que quieras y tanto como quieras» es verdaderamente querido del hombre moderno; si toda forma de trabajo obligatorio y servil le repugna; si prefiere á todo su libertad individual, la conducta del revolucionario queda indicada: rechazará todas las formas de servidumbre disfrazada, y trabajará para que esa libertad no sea ya una simple fórmula; tratará de saber qué es lo que impide al obrero ser verdadero y único dueño absoluto de sus capacidades y de sus brazos, y procurará abolir esas trabas, por la fuerza si es necesario, guardándose bien al mismo tiempo de crear trabas nuevas, que aunque procurando quizá un aumento de bienestar, redujera de nuevo al hombre á la pérdida de su libertad.

Analícemos ahora esas trabas que vienen, en la sociedad actual, á reducir la libertad del obrero y á someterle á nueva servidumbre.

¿SERVIDUMBRE Ó LIBERTAD?

Hasta el presente, todos los alzamientos populares, todas las luchas de los obreros contra sus explotadores y todas las revoluciones han ido á parar á este único resultado: abolición de la servidumbre personal y de su inmediata consecuencia, el trabajo obligatorio (1). Pero por medio de una larga serie de leyes hechas en tiempo de la abolición de la servidumbre, y después—rescate impuesto, expropiación de tierras en beneficio del señor, abolición de las uniones obreras por considerárseles como coaliciones ilegales, monopolios industriales creados por el Estado, etc., etc.—, la servidumbre fué reconstituida bajo una forma nueva, económica é impersonal (2). Nada menos que una ciencia se creó (la ciencia de las leyes, economía política, etc.) para persuadir á la sociedad que esa nueva forma de servidumbre representa una necesidad natural y que es la única garantía posible de la libertad individual (3).

(1) La emancipación de los siervos, aunque favorecida por la invención de la pólvora, las cruzadas y la libertad de los municipios, no fué definitiva hasta la revolución francesa. Por consecuencia, cuando el papa, en su encíclica *Berum novarum*, se lamenta de «la desaparición de los antiguos gremios de obreros», causada por «el afán de novedades que agita á los Estados», lo que en realidad echa de menos es la tiranía que nos tenía sujetos á vil servidumbre. ¡Y luego querrán los socialistas cristianos que rindamos homenaje al hombre que han dado en llamar *papa de los obreros*!

(2) Esto lo confirma el papa en la encíclica citada: «Poco á poco ha sucedido hallarse los obreros entregados, solos é indefensos, por la condición de los tiempos, á la inhumanidad de sus amos y á la desenfadada codicia de sus competidores. A aumentar el mal, vino la voraz usura, la cual sigue siempre, bajo diversas formas, la misma en su ser, ejercitada por hombres avaros y codiciosos. Juntase á esto que los contratos de las obras y el comercio de todas las cosas está casi todo en manos de pocos, de tal suerte, que unos cuantos opulentos hombres y riquísimos han puesto sobre los hombros de la multitud innumerable de proletarios un yugo que difiere poco del de los esclavos.»

(3) A excepción de los libertarios, únicos defensores de la libertad como manifestación completa y positiva de la vitalidad humana, todas las escuelas socialistas, contando entre ellas el cristianismo romano y el luterano, que socialistean para pescar trabajadores incautos, así como los economistas burgueses propagan que la base de la sociedad ha de ser la justicia, no la libertad. Puestos á definir la justicia, esa abstracción hecha á la medida de las preocupaciones etnológicas, patrióticas, sectarias ó utilitarias, cada cual combina palabras sin significación racional absoluta, con lo cual obtienen la ventaja segura de explotar á los infelices que yacen bajo su poder y cansar á los que esperan devorados por la impaciencia la solución del problema social como una fórmula revelada por una inteligencia milagrosa.—Todas estas notas están hechas por el traductor. (N. de la R.)

En nuestras sociedades modernas continúa la expoliación del trabajador, pero el principio de ella ha cambiado completamente: no se nos habla ya de derecho divino ni de derechos históricos; pero se trata de asegurarnos, y así lo cree por desgracia el mayor número, que el sistema de explotación burguesa en que vivimos, es la *sola* forma que pueda garantírnos la escasa libertad personal de que gozamos, llegando hasta afirmar que las leyes de la Naturaleza *exigen* que las masas sean entregadas á la miseria, á la inseguridad del mañana, á las crisis y á la servidumbre económica para mantener firme la garantía de nuestra libertad individual; siendo consecuencia lógica de tales premisas, que trabajar para que cese esa explotación socializando la producción y el consumo, que cada paso que se dé en la dirección comunista, sería una regresión al antiguo régimen de la servidumbre personal restablecida con un nombre nuevo.

*
* *

En efecto, cuando decimos que el labrador que toma la tierra en arrendamiento, ó que la compra entrampándose con el usurero, queda obligado á trabajar tres ó cuatro días por semana para unos privilegiados, ni más ni menos que el antiguo siervo; que el señor, el usurero, las compañías de caminos de hierro, el fisco y mil otros chupones absorben todo el mayor valor que el campesino da á la tierra, se nos responde: —«Es verdad, pero, al menos, el campesino ya no es siervo de nadie; disfruta de cierta libertad, su persona es inviolable, se siente igual de los que antes fueron sus señores y hasta puede alimentar la esperanza de salir un día de la casta de los explotados. Si no es aún completamente libre, lo parece. ¿Es que se le quiere entregar de nuevo á la servidumbre del municipio ó de la sociedad?»

Otro tanto sucede con el trabajador de la fábrica. Cuando decimos que en ella trabaja para enriquecer á su patrón, y que luego será arrojado á la calle á la edad de cincuenta años tan pobre como cuando era muchacho, con la añadidura de los achaques de la vejez, el economista burgués nos responde: —«Sí, también es verdad; pero preguntadle si prefiere ser el siervo de un señor, de una compañía ó de su pueblo, perdiendo con ello la corta libertad personal que posee. La miseria es el precio que paga por esa libertad; poco á poco, gracias á esa misma libertad, agrupándose y obligando á la sociedad á ocuparse de sus necesidades, acabará por obtener mayor participación en las riquezas que produce sin perder nada de su libertad.»

*
* *

Esta discusión entre socialistas y economistas burgueses, dura ya más de cincuenta años. «Siervo ó explotado», no hay término medio. Declarémoslo francamente; los socialistas no han sabido ofrecer al trabajador más que alistarle un día en los «ejércitos del trabajo», mandados por una jerarquía de funcionarios nombrados por el Estado, y á eso ha respondido, sin que de ello quede duda, que ese porvenir no le seduce. Ha visto en los nuevos jefes que se le proponían los mismos explotadores del presente revestidos además con el uniforme del funcionario. Y tiene mucha razón.

Sabe además cuán ilusoria es su libertad personal; pero así y todo no se apresura á venderla por una escudilla de sopa cocida en la cocina del cuartel socialista. Necesita otra cosa; y esa cosa es la que busca aún.

*
* *

Esa «otra cosa», los anarquistas han tratado repetidas veces de encontrarla, de formularla. En efecto, nuestra literatura posee una serie de obras cuyos autores, ce-

losos de dejar á salvo la libertad individual sobre todas las cosas, han procurado demostrar que la posesión en común de la tierra y de todo lo que sirve para producir las riquezas podría combinarse con una completa libertad del individuo; pero nuestras ideas, combatidas por los burgueses privilegiados, lo mismo que por los socialistas de la vieja escuela, son poco conocidas de las grandes masas obreras, las cuales en su mayor parte sólo conocen el socialismo autoritario anterior á 1848, reeditado por los socialistas alemanes y sus colegas de los países latinos, socialismo saturado de disciplina, de autoridad y de funcionarismo, y lo cierto es, dígame lo que se quiera, que la organización piramidal de los ejércitos del trabajo, mandados por generales socialistas, repugna á la gran masa, que no quiere arriesgar la mínima libertad que posee por una dictadura ó un cesarismo socialista; no viendo una solución de la cuestión social, puesto que presiente vagamente ya la posibilidad de otra solución, no se entusiasma por ésta, y en tanto que el lado *negativo* de la lucha se desarrolla de día en día, nada *positivo* resulta aún de las luchas grandiosas que enorgullecen nuestro siglo. Continuamente, cada año, vemos surgir luchas formidables entre los explotados y los explotadores: aquí y allá estallan huelgas formidables que, con ardor creciente, toman el carácter de motines ó de guerras en que se distingue una rudeza y un odio recíprocos; poblaciones enteras se levantan contra los ricos, como en los campos y en las ciudades de Italia, por ejemplo, y cada vez que una huelga formidable se declara en París ó en Londres, en los Estados Unidos ó en Rusia, se considera próximo á estallar el conflicto sangriento.

Lo notable es que de todas esas luchas, huelgas, motines y congresos en que el grito de Revolución social excita el entusiasmo de miles de obreros, no se desprende ninguna idea clara y precisa sobre lo que ha de hacerse: ¿sobre qué va á ponerse la mano? ¿Cómo va á organizarse la producción y el consumo sin patrón ni monopolio? Porque decir «será el Parlamento obrero» ó «la dictadura obrera», como dicen los alemanes, ó «el pueblo», como dicen muchos anarquistas, no basta; eso equivale á decir: ¡Qué sé yo!, no tengo plan aún, todavía no lo he pensado. Ello es que cuando la masa del pueblo, considerándonos competentes por llamarnos socialistas ó anarquistas, nos pregunta, aunque sólo sea á título de consejo ó de vaga sugestión, qué queremos establecer en lugar de la explotación actual, nos negamos á responder ó contestamos con frases ambiguas.

*
*
*

Sobre un punto solo y esencial coincide unánimemente la opinión. Desde el día en que, hace ya más de cincuenta años, el socialismo hizo su franca aparición, con la bandera roja en la mano, en las calles de París, se produjo el acuerdo.

En 1848, la masa obrera esperaba aún que un cambio de gobierno, que una república popular abordaría la cuestión social; que las uniones obreras, socorridas por el Estado, se apoderarían poco á poco de las riquezas acumuladas entre las manos de unos cuantos, y que, por fin, romperían los privilegios y abolirían la servidumbre económica.

Hoy, al menos en los países latinos, esa ilusión se ha desvanecido, y los socialistas de todos matices comprenden que para hacer algo positivo es absolutamente necesario destruir los derechos de propiedad sobre el *capital social* que se crearon sobre las ruinas de la servidumbre personal: tomar posesión de la tierra, de las casas habitadas, de las fábricas, de las minas y de los medios de transporte en nombre del pueblo re-

belado, esta idea se dibuja claramente; la palabra «expropiación» ha hecho su camino durante este último medio siglo, ha adquirido derecho de existencia.

No hay duda que el hecho constituye un gran progreso; pero ¿cómo proceder á esa expropiación necesaria? ¿En nombre de quién se ha de hacer? ¿En provecho de quién se cumplirá la revolución? ¿Qué es ese «Estado» en cuyo beneficio se propone expropiar una importante fracción del socialismo? Tales son las preguntas que se presentan con más ó menos claridad á la mente de cada trabajador, de cada campesino, de cada explotado, de cada hombre ó mujer, en fin, que sienta en sí la aspiración á la libertad.

A estas preguntas trataremos de responder, considerando que una visión más ó menos clara del porvenir á que nos dirigimos, puede inspirar á las masas el fuego sagrado que exige toda Revolución.

PEDRO KROPOTKINE.

(Traducido por Anselmo Lorenzo.)

EL INDIVIDUO Y EL ESTADO

(Continuación.)

Siguiendo las tendencias de Rousseau, que hacía consistir el problema político en hallar el órgano de la voluntad general, se ha exagerado de tal suerte la importancia de las magistraturas públicas en los modernos sistemas representativos, que á veces se ha transferido á ellas la soberanía (v. g., en la teoría doctrinaria de la «soberanía potencial y actual» que condujo al célebre país legal de Luis Lelipe), concentrando toda la autoridad en sus manos y no queriendo ver en el ciudadano más que al súbdito, el cual, una vez constituidas aquellas magistraturas, ninguna participación tenía en el ejercicio del poder, ni otra función política que la obediencia.

De aquí que, usurpando estos órganos el lugar del Estado mismo, se haya confundido también bajo este nombre la comunidad jurídica, con lo que, en el más amplio sentido, podría llamarse «el gobierno».

Hoy comienzan á deshacerse estos equívocos. La distinción que más ha progresado es la del Estado y la sociedad, en la cual los mismos que, ya explícita ya implícitamente van contra ella en los últimos tiempos, Hegel, Taparelli, Spencer, para no citar sino los más ilustres, introducen al cabo cierta diferencia, protestando contra algunos de los más lógicos corolarios de la confusión antigua. En general las teorías reinantes entienden la distinción entre la sociedad y el Estado, cual si tuviese aquella una esfera más amplia, ó sea de mayor radio, que la del segundo, el cual conciben como una institución entre otras, ora la asignen una situación superior, inferior ó co-ordenada á las restantes. Ahrens es, entre todos los pensadores de nuestros días, el más insigne representante de estas ideas, y el que más poderosamente ha contribuido á difundirlas; y su concepción, como es bien sabido (sobre todo en España, donde sus teorías gozan de igual prestigio entre todos los partidos y escuelas, desde los más democráticos hasta los más conservadores), se inclina al primer extremo, ó sea al de la superioridad. Bastiat, por el contrario, propende á no ver en él sino el defensor de los intereses sociales, á los cuales ha de subordinarse, por tanto, dirección análoga á la de Kant, y extremada por Molinari (en su primera época), que á semejanza de Feuerbach, Ruge y el autor de las *Contradicciones*, concluye por preconizar la *anarquía*, ó sea «la

supresión del Estado como asociación necesaria», que debe someterse á la ley de la libre competencia para «la industria de la seguridad» (1).

Respecto de las otras dos identificaciones, á saber: la del Estado con el Estado nacional y con el gobierno, la luz se va haciendo también, pero con mayor lentitud, según las dificultades de la vida práctica apremian más ó menos al espíritu para indagar principios y aplicar soluciones. Por esto, la última cuestión camina más rápidamente que la primera, á causa de una experiencia dolorosa, que infunde cierta prudente desconfianza respecto de la acción de los poderes públicos y vuelve do quiera los ojos á estimular la del espíritu social, para que los dirija, supla y refrene, saliendo de una apatía semejante á la muerte, y con la cual no cabe libertad verdadera en pueblos que, más bien que vencer al antiguo absolutismo, parecen haberlo subdividido entre muchos. Por el contrario, las cuestiones acerca de la distinción y relación del Estado nacional ó central con las restantes esferas, se hallan hoy tan vacilantes en la teoría y en la práctica, que se concibe su mayor atraso respecto de las anteriores; por más que la opinión comience ya á entrever la urgencia de establecer principios firmes, á lo menos en aquellos órdenes donde el pensamiento parece haber llegado á más clara determinación. Así, al decir Estado, hoy todavía se sobreentiende por antonomasia el de la nación.

No es sólo en este sentido en el que debemos limitar y concretar aquí dicha voz. De las dos acepciones á que hemos aludido antes, á saber: la del orden jurídico-social—ó más bien, la sociedad toda, como persona y comunidad de derecho en su unidad é integridad solidaria y en su acción indivisible, que ejerce por sí misma inmediatamente—y la de los órganos específicos de sus particulares funciones, jefe del Estado, Cámaras, Tribunales, ministros, magistrados públicos de todas clases y categorías, es fácil ahora advertir que el problema se reduce á la segunda, al gobierno, en el sentido más lato posible; no en el de poder ejecutivo, á que suele darse este nombre, ni en el del moderador, real ó presidencial, que algunos escritores (v. g., Ahrens), denominan «gubernamental» también.

En efecto, no es al Estado, como un todo, mas tan sólo á sus órganos particulares, á lo que cabe señalar límites más ó menos definidos; la actividad total del organismo político, difusa, latente, imposible de sorprender en un momento dado, visible sólo á la continua, y aun esto más en sus resultados que en sí propia, es por naturaleza incoercible é ilimitable. Una vez hallada razón para ello, pueden bien imponerse restricciones, por ejemplo, á la acción legislativa de una asamblea; señalar los asuntos sobre que ha de recaer, y aquellos de que deba abstenerse; pero, ¿quién sueña con imponerlos á esa misma función, cuando se ejerce por la comunidad entera en la forma de derecho consuetudinario? Ciertamente, que á las reglas de este derecho, antes como después de establecidas, es lícito y aun obligado aplicar un espíritu crítico: juzgar más ó menos razonable una costumbre, desear la formación de otra, y hasta influir para ello; pero, ¿prefijar el orden de sus relaciones, la extensión de su esfera, la naturaleza de los objetos á que ha de ceñirse? Tanto valdría que el filósofo decretase la prohibición de formar opiniones sobre tal ó cuál clase de problemas. Precisa-

(1) *Questions d'économie politique*.—En general, las dos corrientes que han venido á dar como fórmula la anarquía, tienen respectivamente su base científica, que podríamos decir la más numerosa, la comunista, en la extrema izquierda hegeliana, con los arriba citados y otros (entre los publicistas y agitadores, Bakounine, Proudhon, Kropotkine, etc., dejando aparte á Marx); y la individualista, en los neofichtianos, con Stirner, Wille, Mackay, los intelectualistas, Nietzsche inclusive, etc.

mente la universalidad de su ámbito, su poder de alcanzar á toda clase de asuntos y hallar su expresión jurídica, es un distintivo de la acción consuetudinaria; acción que por esto, sea dicho de paso, prueba de una manera práctica y palpable que hay un orden de derecho harto más amplio que el sometido á la sanción definida de los poderes públicos.

LAS TEORÍAS SOBRE EL ESTADO

Para establecer el concepto del Estado, es indispensable reconocer que depende ante todo del que nos formemos de su fin.

La razón de esta dependencia es fácil de comprender. Se reduce á que la existencia del Estado, como entidad social, se funda exclusivamente en su destino, en el objeto de su acción, ya que los organismos sociales no tienen otra razón de ser: la Iglesia, la religión; la escuela, la educación; el matrimonio, la comunidad conyugal de la vida; una compañía fabril, la obtención de sus productos. Así es que cuantas teorías han pretendido explicar la naturaleza del Estado, lo consideran como un orden teleológico, según la expresión técnica; esto es, como un órgano é instrumento apropiado á cierto fin, del cual deducen luego su peculiar carácter, á distinción de otros órganos, sus condiciones, su modo de proceder; no de otra suerte que el fisiólogo en nuestros días, apartándose de las antiguas ideas de la *anatome animata*, que derivaba de los órganos las funciones, explica la constitución de aquéllos por éstas, que los van creando, adaptando y modificando al compás de sus diversas necesidades. Error este que, á pesar de ser harto menos disculpable en la sociología que en la fisiología (donde aún ignoramos la función de muchos órganos en toda clase de seres, ignorancia completamente imposible en las instituciones), ha hallado también á veces acogida en aquélla; pero que hoy se ve unánimemente rechazado.

Ahora bien; comparando entre sí las principales de esas teorías, como igualmente con las opiniones comunes que reinan fuera de la ciencia, se observa que todas pueden reducirse á dos grupos. Para unos, el Estado es aquel organismo social que tiene por misión velar por el derecho; para otros, este fin es insuficiente, debiendo cuidar aquél del bien general, de la totalidad del destino humano. Sin embargo, la antítesis entre ambas tendencias, antítesis sobre la cual se ha intentado fundar una clasificación de las doctrinas tocantes á este punto (la de individualismo y socialismo), no es sino aparente. Aquellos que pugnan por restringir hasta el último límite la acción del Estado, reduciéndolo á velar por la paz pública, á fin de que nadie perturbe con sus actos la esfera donde los demás viven y se desenvuelven, se apoyan en la concepción kantiana del derecho, que reputan un orden de mera garantía para la libre actividad de cada hombre. Sus adversarios, para los cuales no hay fin humano, sea el que fuere, que no se comprenda en el de aquella institución, ¿en qué se fundan para razonar sus teorías, sino en la idea del derecho también? ¿Qué han pretendido el socialismo y aun el comunismo más exagerado, ora reducidos á la esfera económica, ora extendidos á todas las restantes de la vida, desde Platón á Marx? Que sólo por sus doctrinas reinara la justicia en el mundo; fin en el cual, por tanto, ponen el del Estado. Sin duda el principio del derecho no es el mismo en la *Metafísica de las costumbres* que en la *Filosofía positiva*, ó en los trabajos de monseñor Ketteler ó de Costa Rossetti; pero todos conciertan en poner en aquel principio la razón del Estado; para todos, díganlo

ó no, es este el órgano social de la justicia. Cicerón decía ya: *¿Quid est enim civitas nisi juris societas?*

Hay más. Examinando de cerca este concepto, sería fácil notar entre unos y otros menos divergencias de las que suelen por lo común señalarse. Si en todos tiempos la unidad del espíritu humano da de sí testimonio en la Historia y mantiene enlazados por vínculos más ó menos visibles, pero imposibles de romper, las más discordes opiniones; si por esto precisamente es la historia de la filosofía y del pensamiento, como toda historia en general, una construcción progresiva, y no una tela de Penélope, contra lo que opina el vulgo, incapaz de penetrar más adentro del conflicto que agita la superficie de esa evolución, la afinidad es aún más inmediata, evidente é íntima entre las diversas tendencias de cada época, las cuales brotan de un mismo estado fundamental de la conciencia humana, se desenvuelven siguiendo el estímulo de los problemas é intereses de su tiempo, hallan las mismas fuerzas acumuladas á su alrededor para plantear y resolver esos problemas, respiran una misma atmósfera y se transforman al compás de unas mismas necesidades. Así es como, sin mengua de la individualidad del espíritu, la ciencia y aun el pensamiento común de cada período forman una verdadera unidad, un ciclo entero, con su principio, su medio y su fin, que en el fondo precede y en su desarrollo exterior sigue al ciclo de la civilización á que pertenece. Por esto hay una filosofía griega ó una filosofía escolástica, cuya característica radical abraza todas sus oposiciones interiores, aun las más extremas.

Conforme á estas bases de juicio, y comparando entre sí las doctrinas científicas actuales, en consonancia con la opinión pública y su expresión en las instituciones y los hechos, podría deducirse el concepto común hoy reinante en punto al derecho y al Estado. Por ejemplo, ninguna de las teorías que en nuestra época han prevalecido desde Kant, y alcanzado sistemático desarrollo, sin excepción, á saber: las de Savigny, Hegel, Stahl, Bentham, Ahrens, Taparelli, Kirchman, Jhering, Spencer, dejan de considerar al derecho como un orden; 1.º, *social*, esto es, cuyas relaciones subsisten sólo entre varios seres que viven reunidos; 2.º, *exterior*, que no abraza sino aquellos hechos que se realizan físicamente y caen bajo la jurisdicción de los sentidos; 3.º, *coercible*, á cuyas prestaciones podemos ser compelidos, en caso necesario, por fuerza extraña puesta al servicio del Estado; 4.º, de *garantía*, que protege nuestra libre actividad, dentro de la esfera que le corresponde, y nuestros intereses de todas clases (con mayor ó menor extensión); 5.º, *auxiliar*, á la vez, más ó menos directo ó indirecto para el logro de los bienes esenciales de la vida humana, allí donde no es suficiente la acción de los particulares; 7.º, *corporativo*, ó que reclama la cooperación de los ciudadanos para su régimen, cooperación que es también un derecho de éstos.

Así, para no citar más que dos ejemplos concluyentes, Spencer, que impugna hasta el último límite la intervención del Estado en otros órdenes que el de la mera conservación de la seguridad pública, exceptúa de esta prohibición á aquellos asuntos «que de común acuerdo en todos tiempos se le han asignado», y llama á los gobiernos administradores de los principios morales (1); y Taparelli, el mayor adversario de los modernos sistemas representativos, en nombre de la escuela teológica—en su rama católico-escolástica—admite, sin embargo, la intervención de los súbditos en el poder político; y por si esto no basta á asegurar el triunfo de la «opinión razonable», de Bo-

(1) *Ensayos de política*, trad. fr. de Bordeau; pról. del trad. y *Demasiadas leyes*.

nald, invoca la de resistencia violenta, aunque sin llegar á la teoría del tiranicidio, como el doctor Angélico (1).

No hay para qué apartarnos de nuestro camino, entrando en una crítica detenida y directa de este concepto reinante, algunas de cuyas notas, señaladamente las de exterioridad, socialidad y coercición, han sido, ó rectificadas, ó del todo contradichas por pensadores como Platón, Leibnitz y Krause (con otros de menor importancia), para los cuales es en primer término el derecho una relación interna, que existe aun en el individuo para consigo propio; ética é incorporal, sin que los hechos sensibles tengan otro valor que el de signos, y harto más amplia que la esfera de la coacción. Pues ésta, ni aun en el orden más material y tangible alcanza hasta donde alcanza el derecho, ni puede realizar directamente sino dos únicas funciones, á saber: coartar la libre acción extrema del individuo (v. gr., por medio de la pena), y sustraer de su patrimonio aquellas cosas que indebidamente se hallan á él incorporadas para entregarlas á su legítimo dueño.

FRANCISCO GINER.

(Continuará.)

LA ANARQUÍA

SU FIN Y SUS MEDIOS

V

¿DÓNDE ESTÁN LOS VERDADEROS SOCIALISTAS?

No importa el nombre, si la idea está definida.—El ideal anarquista no es sino la continuación del ideal humano á través de los siglos.—Socialistas, economistas, sociólogos.—Aspiración de los socialistas de otros tiempos.—Variedad de concepciones.—La libertad no se reglamenta.—La verdad siempre perseguida.—Decir y hacer.—Políticos.—Lo que esperaban los republicanos.—Su desilusión.—Maleficencia del espíritu religioso.—El ideal anarquista y la libertad desde tiempos remotos.—Cuestión de oportunidad.

Para mí el nombre tiene poca importancia, y sólo tiene valor por lo que representa. Para algunos que aceptan el ideal anarquista, debiéramos cambiar el nombre de anarquistas por el de libertarios, dada la denigrante acepción que á esta palabra se ha dado hasta ahora.

A las corrientes de ideas que se forman no es fácil darles un nombre acertado desde el principio. Una corriente de ideas no se forma espontáneamente; se desprende de otras, y cuando la nueva corriente empieza á entrar en lucha con aquella de la cual ha salido, si ésta no ha sido ya bautizada por sus enemigos, se le da el nombre que mejor explica su programa, y una vez conocido con un nombre, es inútil cambiarlo. Tanto más cuando en su seno no existe una nueva orientación.

(1) A pesar del empeño que en negarlo pone el padre Ceferino González, en sus *Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás*. Sobre esta cuestión, v. Soler, *Doctrinas políticas de la última Encíclica* (en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 1886).

La anarquía, para los ignorantes, significa desorganización, lodazal, desorden; pero no importa, porque cualquiera que fuese nuestro nombre, nosotros seríamos anarquistas, y, por consecuencia, hombres de desorden. Dejemos, pues, á esas gentes pensar lo que quieran de nosotros. Nuestro ideal significa abolición de la autoridad, de la explotación y libertad completa del individuo; somos anarquistas y continuamos propagando nuestro ideal de belleza á los hombres que no se detienen ante el nombre de la cosa.

* * *

Como decía más arriba, una corriente de ideas se desprende siempre de otra anterior. El ideal anarquista es la prolongación del socialista, y éste á su vez del republicano.

En suma; nosotros perseguimos la realización de las aspiraciones de bienestar que la Humanidad ha querido conquistar en todas las tentativas de emancipación que ilustran la historia de los hombres.

Hemos visto en el capítulo precedente la diferencia que separa la anarquía del socialismo. Digan lo que quieran los socialistas, cuando algún malintencionado quiere confundirlos con los anarquistas, éstos, tanto como aquéllos, tienen el derecho de llamarse como determina la corriente que dió vida á ambos.

Pueden desdeñosamente afirmar, desde las alturas de la suficiencia en que ellos acostumbran á colocarse, que el socialismo no tiene nada que ver con este miserable que se llama anarquista; pero puede demostrárseles que la anarquía, más que ellos, es la legítima continuadora de la evolución socialista.

Si nos atenemos simplemente á la etimología de la palabra, es evidente que *socialismo* quiere decir «que tiene analogía con las cuestiones concernientes á la sociedad, que se ocupa de su organización y funcionamiento». Esta es la acepción más amplia, y, por consecuencia, según esta definición, todos los que con cualquier título se ocupen de la «dirección de los pueblos», pueden decir que pertenecen al socialismo. Pero como la sociedad se divide en un poder político y una organización económica, el epíteto, bastante mal visto por cierto, de político, sirve para designar á los que se ocupan de las cuestiones gubernamentales, y la palabra socialista á los que tratan especialmente de las cuestiones económicas. Aquí nace una nueva distinción. Si entre los que quieren una reforma del orden social y, un poco en todas las clases, salvo entre los políticos, el epíteto de tal se toma con frecuencia como sinónimo de malo, el de socialistas no goza de mejor interpretación entre los políticos y demás gentes que no se ocupan de las cuestiones económicas más que para justificar el sistema capitalista, y no quieren reformar el orden social sino para hacerlo invulnerable á los ataques de los expoliados.

Los satisfechos del orden social existente, no admiten el calificativo de socialistas; se apellidan «sociólogos», «economistas», porque la economía y la sociología son ciencias de las que ellos son los doctores, y el socialismo, ó el epíteto de *socialista*, se dice de aquellos que, cualquiera que sea la organización social que pretendan, y sean los que fueren los medios que preconizan para llegar á ella, quieren, en resumen, una mejor repartición de las riquezas sociales, un sistema económico que asegure á todos los individuos el producto íntegro de su trabajo y la completa desaparición de la miseria.

Morus, Morelly, Campanella, Buonarotti, Babeuf, Fourier, y tantos otros que fue-

ra inútil citar, y que son los verdaderos precursores del socialismo, no aspiraban sino á la extinción de la miseria entre los hombres.

Nivelación de la desigualdad económico-social, supresión de la propiedad individual ó subordinación de ésta al bienestar general; supresión de la explotación del hombre por el hombre; he ahí el programa que fué el fondo del ideal socialista.

* * *

¡Cuántos proyectos, cuántos sistemas diferentes para realizar la sociedad ideal!

Había, no obstante, un punto sobre el cual estaban todos de acuerdo, el de que todo ser viviente tiene derecho á la satisfacción completa de sus necesidades, desde el momento que aporta á la comunidad el producto de su trabajo.

Habían, igualmente, convenido, en que todo lo producido naturalmente no debía ser acaparado por ninguna individualidad, y que todos por igual tenían el mismo derecho á la cantidad que necesitaran, salvo la reglamentación que la mayoría juzgaba indispensable para asegurar la equidad en el consumo.

Para los que mantenían la propiedad individual del suelo, esta propiedad debía estar asegurada por el respeto de todos, y para que así fuese, se la sometía á toda clase de trabas, al objeto de que nadie pudiera acaparar la propiedad de su vecino; una revisión periódica establecía la igualdad para todos.

Todos, ó casi todos, querían la libertad; pero no comprendían que ésta consiste en suprimir toda reglamentación impuesta. Creían en la superioridad de ciertos seres, en la maldad de la mayoría, y reglamentando la libertad hicieron tales prodigios de ingenio, que la mayor parte de sus sistemas, si hubieran podido aplicarlos, no hubieran sido más que nuevas formas de tiranía. Según ellos, la intención era mejor que los medios. Y así, sin duda, quieren triunfar los socialistas, y convencernos de que ellos son los únicos herederos de las tradiciones socialistas.

Es evidente que si no se tratara de ser partidario de la autoridad más que por ser los continuadores de la idea socialista, nuestros socialistas actuales podrían pretender el ser ellos verdaderos representantes de tal idea, y esto, no obstante, no podrían gozar del monopolio, porque en ese caso los burgueses se lo discutirían, ya que, según ellos, no ejercen la autoridad sino para hacer felices á los que dirigen.

Para los socialistas del pasado, la autoridad no era más que un medio, porque, según su sincero entender, puesta en manos de los más dignos y los más sabios, sólo serviría para establecer la armonía y el bienestar.

Sinceridad aparte, lo que pretenden los socialistas actuales, es lo mismo que lo que pretendían los de antaño; pero unos y otros han creído y creen en el error, puesto que está probado que la autoridad engendra la esclavitud. Como la idea socialista ha evolucionado y hoy no se trata de simples copias de los que nos precedieron, añadimos nosotros á la herencia la transformación indicada por la evolución intelectual y moral.

* * *

Si Morelly, Campanella y sucesores fueron calificados de socialistas, no fué porque conservaron en su organización social el sistema autoritario, sino porque antes que todo querían la transformación completa de la sociedad, la supresión absoluta de la desigualdad económica y todos los abusos de la organización mercantil. No se contentaban con predicar para un lejano porvenir; la mayoría deseaban la realización inmediata de su ideal, y esto les valió toda clase de persecuciones é injusticias.

Esta parte del programa es la que han conservado los anarquistas y propagan á todo trance. Es el mismo programa ensanchado por las nuevas concepciones, las que resultan de descubrimientos científicos hechos después que sus predecesores dejaron de existir, y que los anarquistas han añadido á sus aspiraciones.

Lo mismo que los socialistas antiguos quieren los anarquistas: el bienestar para todos, la nivelación de la desigualdad social, la posibilidad para todos del desarrollo integral, la desaparición de la explotación del hombre por el hombre, la libertad completa del individuo, la supresión de todas las instituciones existentes y la implantación de un orden nuevo basado en la libertad y la solidaridad más completas. Al heredar su programa, los anarquistas han heredado también la animadversión de *las gentes de orden*, y, como los socialistas de antaño, los anarquistas sufren toda clase de persecuciones gubernamentales, no sólo cuando se sublevan, cosa que después de todo es comprensible, sino hasta cuando propagan sencillamente su modo de apreciar las cosas, á pesar de que actualmente todos los gobiernos creen haber dado la mayor cantidad de libertad política.

*
* *

Respecto á los que quieren atribuirse el monopolio exclusivo del socialismo, precisa hacer la separación de lo que dicen querer y de lo que son, porque lo que hace la discusión difícil es que una multitud de socialistas afirmen querer lo que los anarquistas quieren y sólo discuten por cuestiones de oportunidad.

Los socialistas mal llamados revolucionarios han inscrito en su programa la desaparición de la explotación, la igualdad social para todos, la supresión de privilegios y la propiedad; pero anticipadamente declaran que sus deseos no son realizables más que en lejano porvenir y no tomando de las antiguas concepciones socialistas sino lo malo que en ellas había, sólo á la conquista del poder consagran todos sus esfuerzos.

Partidarios convencidos de la más completa libertad del individuo, según afirman, lo demuestran queriendo someter todas las conciencias al credo de su estrecho programa.

Acomodándose muy bien con las instituciones que, según dicen, quieren demoler, han eliminado todo lo que de socialismo había en su programa. Su ideal socialista ha sido relegado á una época determinada, transformado en paraíso reservado para cuantos se hayan conformado estrictamente con el credo de los *grandes apóstoles* y les hayan ayudado á la conquista de los poderes públicos.

De concesión en concesión han venido á parar en un enjalbegamiento de la sociedad actual, y hay que reconocer que esta reforma es lo suficiente, por su limpieza, para realizar sus chanchullos electorales.

En otras épocas un abismo separaba á los socialistas de la turba política de su tiempo; su programa era inconciliable y les impedía confundirse con los partidarios del *statu quo*. Como eran una minoría insignificante, la adhesión á las doctrinas socialistas no podía hacer la fortuna política de nadie. Hoy, la mayor parte de los socialistas, hasta los que se titulan revolucionarios, han introducido tales restricciones en su programa, que fácilmente se confunden con los políticos burgueses.

Inmiscuyéndose poco á poco en las funciones públicas de la sociedad burguesa, tomando parte en su funcionamiento, se han convertido en instrumentos dóciles, sometándose á las exigencias de la función y la conveniencia hasta que lleguen á ser acérrimos defensores de la autoridad que les ha reunido. Estos socialistas no son más

que vulgares políticos, tomando parte en todos los enredos y chanchullos de las combinaciones parlamentarias, lo cual les compromete más cada día en la defensa de lo existente. La etiqueta de socialismo que éstos ostentan, es una mentira para engañar á los electores.

Herederos de Rouher, Jules Favre, Emile Ollivier y Darimon, sí; pero de Buonarrotti y Campanella, jamás.

*
* *

Y, además, ¿la palabra socialismo es la única cuya significación se ha desnaturalizado? Para los primeros republicanos, la palabra república, ¿no significaba un estado social de libertad, igualdad y bienestar para todos?

Los descamisados de 1792, y los insurgentes de 1848, ¿no veían en el advenimiento de la República el fin de la explotación y de la servidumbre?

Para todos los que penaron, sufrieron y lucharon por la República, ¿esta palabra no reasumía todas las aspiraciones que actualmente encierra el ideal anarquista?

Si fuera posible á los que murieron en las barricadas para la realización de las promesas que encerraba la palabra República el volver á la vida, y presenciar el espectáculo de los gobiernos que la representan y practican el ideal, para ellos tan hermoso, no nos cabe ninguna duda de que se negarían á reconocer que tal cosa fuese la realidad del ensueño, por el cual sacrificaron su existencia. Aquel ideal tan sublime, tan querido, tan amplio y humanitario, no tenía ciertamente nada de común con la cloaca inmunda de políticos que actualmente lo representan.

¡Ah! Es que en el fondo el ideal del hombre ha variado muy poco. A causa de su ignorancia, las tentativas de libertad para nada le han servido; creyendo que destruía el mal, no ha hecho más que cambiarle el nombre. Poco á poco ha ido sintetizando sus aspiraciones en nuevas formas; pero estas aspiraciones son siempre las mismas: libertad de su ser, bienestar para él y los suyos; he ahí lo que alternativamente han representado todos los sistemas políticos y económicos que éste inventó. Y, entre tanto, los sistemas religiosos enseñándole á tomar con paciencia las cosas de este mundo con promesas de una vida supraterrestre tanto mejor cuanto más miserable se ha sido en ésta.

La anarquía no es sino la continuación de la eterna protesta de los explotados y oprimidos contra los explotadores y opresores; la expresión bajo una nueva forma de los deseos de bienestar y de libertad. Sólo que, bien impuestos de las lecciones del pasado, no depositamos nuestra confianza en los salvadores, sino que queremos hacernos nosotros mismos nuestra felicidad.

Las palabras y los nombres varían frecuentemente de significación. Los partidos políticos hacen variar el significado de su primitivo nombre cuando llegan al poder.

Cuando se compara el programa anarquista con el de los socialistas de antaño, puede afirmarse que éstos son los continuadores de aquéllos, y que son los socialistas los que ensucian la palabra socialismo, mezclándola en los embrollos ambiguos del parlamentarismo.

Afortunadamente el entendimiento humano se ha engrandecido, y el hombre ha aprendido á sacar deducciones lógicas de los hechos observados. Sus ensueños, vagos y mal definidos en un principio, han acabado por tomar cuerpo y sentarse sobre bases positivas, de donde han nacido concepciones claras y precisas, queridas de un modo consciente, en vez de traducirse en aspiraciones sentimentales, confusas, abandonadas á los salvadores de oficio para que éstos las tradujeran en hechos.

El hombre ha comprendido que sólo él puede realizar su propia felicidad, ó que no debe esperarla de nadie; por eso la anarquía, sin hacer caso de palabras, es hoy, en el terreno de las reclamaciones humanas, un ideal lógico, razonado, contra el cual la mayor objeción que han podido hacer no es sino cuestión de oportunidad.

JUAN GRAVE.

(Traducción de Antonio López.)

CIENCIA Y ARTE

FISIOLOGÍA

La descripción que hacemos de la sofocación no es un cuadro de fantasía. Hemos podido estudiar ciertas fases en nosotros mismos y en un amigo que ha querido prestarse á nuestras investigaciones (1).

En cuanto á las fases más graves, hemos hecho bastantes observaciones en Inglaterra, el país del *sport* y de las apuestas. No es raro observar síncope graves que detienen al corredor en su arroj. Frecuentemente, un *match* entre dos andarines se termina antes de llegar á la meta. Uno de los campeones llega al último límite de la sofocación, cae sin conocimiento y no vuelve en sí, sino con ayuda de fricciones y de cordiales, que le prodigan los que lo han recogido. Generalmente, el desdichado sofocado se despierta y, después de haber eliminado algunas bocanadas del ácido carbónico que le asfixia, quiere comenzar á correr; pero los músculos están impregnados de este gas, que es para ellos veneno y que les quita toda energía. El corazón mismo, bañado por una sangre cargada de este producto tóxico, pierde su poder; el miocardio se paraliza y la circulación de la sangre se interrumpe. Los accidentes toman entonces una gravedad excepcional, y algunas veces hay que emplear los medios más enérgicos para volver en sí al imprudente que ha traspasado los límites permitidos.

Uno de nuestros amigos, algo debilitado por trabajos intelectuales excesivos, quiso volver á los ejercicios corporales, que tenía abandonados hacía tiempo, y volvió á la sala de armas. Era excelente tirador; y, cuando tuvo el florete en la mano, olvidó su debilidad y no pensó más que en volver á la agilidad de su ataque y á la energía de sus paradas. Al cabo de diez minutos, se sintió presa de un cansancio muy grande, pero quiso continuar tirando. De pronto, lo vimos caer sin conocimiento, lívida la cara, la frente cubierta de un sudor frío; la respiración se había detenido y el pulso no latía. Se le auxilió en seguida y, gracias á la posición horizontal que se le hizo tener y á las bruscas fricciones hechas en el pecho y las sienes con un paño mojado, el corazón empezó á latir y volvió en sí.

(1) Este amigo es M. A. du Mazaubrun, de Limoges; aprovechamos esta ocasión de manifestarle nuestro agradecimiento por su inteligente concurso.

Era un síncope, producido por la sofocación y favorecido además por la debilidad del sujeto.

El síncope es frecuentemente el fin del cansancio, lo mismo que de la asfixia, de la cual es una forma particular la sofocación.

Tales son los síntomas y la marcha de la fatiga respiratoria, y tales los peligros á que uno se expone cuando quiere luchar con el cansancio.

El cansancio es un *nec plus ultra*, que el instinto de conservación nos impone. El sufrimiento vivo que lo acompaña es un verdadero grito de angustia del organismo, que el sér vivo no puede impunemente desoir.

A la sofocación se debe la muerte de los animales sometidos á recargo de velocidad. El caballo que, según expresión de Buffon, «muere por obedecer mejor», nos da más ocasión que cualquier otro para estudiar el género de muerte de que hablamos. Nada es tan frecuente como ver un caballo que cae muerto debajo de su jinete. Cuando le falta la respiración y solicita tomar aliento, se le responde con el látigo y la espuela, y sigue corriendo. Pero llega el momento en que la dosis de ácido carbónico, acumulado en el organismo por la carrera insensata que se le exige basta para acarrearle la muerte, y el animal cae asfixiado.

La mayor parte de los animales que mueren bruscamente durante un trabajo demasiado violento, sucumben por sofocación. Es un accidente frecuente entre los animales á quienes se exige mucha velocidad; hasta los pájaros mismos, tan bien dispuestos para ir de prisa, pueden ser víctimas de él.

Hemos tenido ocasión de observar un ejemplo curioso de muerte por sofocación, en una paloma mensajera.

Sufren éstas una educación especial, que consiste en soltarlas desde sitios sucesivamente más alejados de su palomar. La paloma vuelve instintivamente á su domicilio habitual, y, sea por la prisa de volver al palomar, sea por emulación, parece que despliega, para llegar á su destino, toda la velocidad de que sus alas son capaces.

Uno de nuestros amigos tenía una paloma, que era la más veloz de la región, que no había sido vencida jamás en los concursos. Un día, su dueño, que habitaba en Limoges, la expidió á Bayona, desde donde debían soltarla y nosotros esperaríamos su vuelta, sabiendo bien que devoraría rápidamente los 600 quilómetros que nos separaban de su punto de partida. Esta vez, su velocidad superó á cuanto esperábamos: siete horas después del momento convenido para lanzarla, vimos llegar la valiente mensajera; lanzamos un grito de admiración; pero el pobre animal tenía que pagar con su vida esta gloriosa proeza. En el momento en que se disponía á posarse en el palomar, la vimos batir las alas, dar vueltas sobre sí misma y caer como una masa sobre la techumbre, donde se destrozó.

La pobre paloma, en su ardor, había traspasado el alcance de sus medios; murió de sofocación, por haber hecho su trayecto demasiado de prisa (1).

Debe observarse que todo animal que muere de fatiga no muere por sofocación. Los animales cogidos en la caza, sucumben, con más frecuencia, por otro mecanismo, completamente distinto, que estudiaremos más adelante; mueren *forzados*. No obstan-

(1) Se ve algunas veces á las codornices posarse en los palos de los buques durante la navegación. Y aun se las ha visto caer sobre las casas ó en las calles. En estos casos, el animal es presa de la fatiga muscular, estado mucho menos grave que la sofocación. Las codornices que se dejan coger así, por impotencia para volar, no sucumben y pueden conservarse vivas durante años.

te, en la caza á la carrera, se puede forzar al animal haciéndolo correr sin descanso, hasta que sobrevenga la muerte. Es lo que ocurre con una pieza que se sale al descampado y que fía en su velocidad para no dejarse alcanzar por los perros. Si el animal es demasiado joven, se suele coger antes de que haya llegado al bosque, donde contaba con encontrar un nuevo abrigo. Entonces, es la sofocación la que le entrega al cazador. Pero es raro que suceda esto; lo más frecuente es que la pieza desemboscada se detenga de vez en cuando, para *engañar*, si es un corzo ó una liebre, ó para *hacer frente*, si es un jabali.

Esos momentos de detención, aun siendo muy cortos, bastan al animal para regularizar su respiración y para eliminar el exceso de ácido carbónico que envenenaba su organismo. Al cabo de algunos minutos, se encuentra pronto para volver á partir, y la persecución puede prolongarse así durante un día entero. En este caso, si el animal concluye por estar forzado y morir de fatiga, la muerte no es debida solamente á la insuficiencia de la respiración; es resultado de una descomposición profunda de los tejidos vivos, descomposición que estudiaremos en el artículo sobre el *Recargo de trabajo*.

DOCTOR FERNANDO LAGRANGE.

(Traducción de Ricardo Rubio.)

¿QUE ES EL ARTE?

Ricardo y Ernesto se quieren como hermanos y riñen como si lo fuesen.

Para gozar y aprender en las maravillas de Rafael y de Miguel Angel, marcharon á Roma, y de la Ciudad Eterna han vuelto amostazados por su distinto modo de apreciar el mérito de aquellos dos célebres pintores.

Artistas y hombres Ricardo y Ernesto, el arte y la mujer los divide, y siendo uno el amor, lo sienten de diferente manera. Sin embargo, una aspiración común les une y alienta: la de crearse un nombre y legarlo á la posteridad como el de pintor insigne.

Ricardo es de complexión robusta y de naturaleza sana; Ernesto de complexión débil y de naturaleza enfermiza. El alma del primero pinta la muerte de color de rosa; la del segundo la vida pinta de negro; mas lo hacen con tal arte que el que observa sus cuadros no sabe si la alegría es triste ó si es alegre la tristeza.

Al campo van los dos muy á menudo con sus lienzos, sus cajitas de colores y sus caballetes. Escudriñan la sierra y el valle, el barranco y la montaña, despacio siempre, como si quisieran sorprender desnuda á la Naturaleza ó vestida con sus galas mejores. Y en verdad que sacan buen provecho de estas excursiones artísticas. Merced á ellas, han hecho de Natura imitaciones magníficas; pero nunca han podido elegir un mismo sitio: el que gusta á Ricardo no gusta á Ernesto.

Verán los lectores de qué manera sacaron medalla de oro de la próxima pasada Exposición de París.

Un día Ricardo se detuvo en la mitad de una montaña, asombrado de la hermosura de un paisaje.

—Mira, Ernesto, qué cuadro tenemos á nuestros pies. ¡Nunca he visto belleza semejante!

—¡Qué perverso tienes el gusto, Ricardo! ¿Hallas gracia en estos olmos que parecen bárbaros del Norte? Y en aquellos álamos, ¿qué belleza encuentras? Desgrenados gigantes parecen. Altos y fornidos lo son también los mozos de cordel, pero no por serlo dejan de ser brutos. ¿Hablas por los pinos de la derecha, acaso por las encinas de la izquierda, por los matorrales del centro quizá? Son los árboles de la salud, de esa salud que sólo gozan los tontos. Vida, sí, veo mucha en este valle; pero la vida no es arte, Ricardo.

—Si esto no lo es para ti, no sé lo que entenderás por arte, Ernesto.

—Lo que extasie espíritus refinados, lo que conmueva almas elegidas: ciudades devoradas por el fuego; campos devastados por el viento; muchedumbres aturcidas por el hambre; dilatados arenales; el brazo destructor del guerrero; los últimos amores de una joven tísica; lo que espanta y anonada; lo que da de la vida una idea de muerte; aquello que... Ves esto, esto es arte: la mole de piedra que se levanta sobre nuestras cabezas con su pico interminable alfombrado de nieve. Allí hay abismos que producen vértigo; allí anida el rey del aire; allí el viento lo azota todo; allí el frío todo lo mata; allí el hombre es la nada.

—¡Eso es arte, Ernesto! Sin flores, sin hojas, sin pájaros, sin niños, sin vírgenes, sin madres, sin besos ni perfumes. ¿Cómo vivirá la gente? ¿Cómo se amará la gente? Y si no viven ni se aman, ¿podrán sentir la belleza, Ernesto?

Observa bien el valle. Mariposas, gusanos, abejas; reptiles é insectos reproduciéndose y amándose por la fuerza y la vida que les otorga este sol de primavera. ¿Oyes cantar al mirlo? No tendrá muy lejos el nido. En él su amada empolla los huevos, y cuando nazcan los pequeñuelos, vuela que volará a traerles gusarapos. ¡No muy lejos el uno del otro trinan dos ruiseñores! Examinan su voz ante una esquivia que ambos pretenden, y el amor que por ella sienten les hace presumidos, alegres, limpios y orgullosos; les hace amar la vida, esa vida tan bella, tan bella. ¡Nuevos encantos descubro en el valle! ¿Qué ves, Ernesto, frente la casita blanca, entre la era y la balsa? A una joven madre meciendo la cuna, ¿verdad? Calcula sus placeres y sus amores. Joven, sana y fuerte, ¿cómo amará, cómo sentirá la existencia y cómo gozará de ella! El sol que la fortalece, el oxígeno que la purifica; y estos trinos, estas flores, este olor a tierra recién labrada. Embelesa, encanta, da vigor todo esto, Ernesto. Y después, los placeres que proporciona la salud. Se goza bebiendo, comiendo y durmiendo cuando se bebe con sed, se come con apetito y se duerme con sueño. La vida es placer, Ernesto, y el placer es arte. Emociona lo grato, lo que causa horror no emociona. Un monstruo causará extrañeza, maravilla no. La muerte asusta, pero no embelesa, y el arte es goce.

—Es arte lo que excita nuestra sensibilidad, en uno ú otro sentido.

—Es arte lo que produce emoción estética.

—Ahora verás lo que es arte—dijo Ernesto, colocando el caballete de espaldas a la sierra.

—Tú lo verás ahora—contestó Ricardo, poniendo el lienzo de espaldas al valle.

Y en un abrir y cerrar de ojos prepararon pinceles y colores.

—Desde hoy, Ernesto sabrá lo que es arte—decía Ricardo, mientras pasaba el pincel por el lienzo.

—No, si quien va a saberlo eres tú—contestaba Ernesto mojando el suyo en el color.

—¡Ah! ¡Qué bien me sale la casita blanca!

—Y a mí el pico alfombrado de nieve.

—Enfrente, la joven madre, robusta, fuerte, gentil. ¡Hermosa, hermosísima! Esta es mi mujer ideal. La amo como si realmente fuese de carne y hueso.

—¿Qué diré yo de mi águila? Ligera, atrevida; causa espanto tal como la contemplo atisbando su presa.

—¿Y el barranco con sus saltos de agua, sus curvas, sus murmullos y sus reflejos? Es la sangre que corre por nuestras venas y que, corriendo, nos deja partículas de vida.

—¿Y los abismos sin fondo? ¿Y las cuevas misteriosas? ¿Y las grietas insondables? Son las almas vacías, sin afectos; son los cuerpos helados por el hálito de la muerte.

—¿Cómo revolotean los amantes pajarillos!

—¿Cómo se posan en la cúspide las tempestuosas nubes!

—Ellas no impiden que el sol vivificador bese, con sus labios de fuego, esta vegetación frondosa, donde todo es movimiento y alegría. ¡Sea el sol bendito!

—Con todo su poder, no logra penetrar en la sierra y hacer que en ella surja la vida. ¡Bien por las nubes!

—Por último, el césped, los montes vecinos y el horizonte.

—Para concluir, el cielo gris, las cordilleras de uno y otro lado y el principio de la zona helada.

—¡Qué hermoso conjunto!—exclamó Ricardo, retirándose algunos pasos de su ballete.

—¡Qué conjunto tan bello!—dijo Ernesto observando su lienzo.

—A la vista de mi obra, danme ganas de gritar: ¡viva la vida!

—Mirando mi cuadro, me dan deseos de prorrumpir en vivas á la muerte.

—¡Ah, Natura, Natura; qué grande y hermosa eres! Yo te adoro, yo te...

—Ricardo, es tarde y siento frío. ¿Vámonos?

—¿Has concluido?

—Sí. ¿Y tú?

—También.

—¡A ver, á ver!—exclamaron á un tiempo los dos, mientras uno se colocaba frente al lienzo del otro.

—Tu croquis es una maravilla, Ricardo—dijo Ernesto—. A fe que has vencido; esto es arte.

—¡Asombrado estoy del tuyo! ¡Sublime, hombre, sublime! Si lo destinas á la Exposición la sacarás de oro.

—Esta es para ti, Ricardo.

Y fué para los dos, porque habían imitado un rincón de la Naturaleza que exhibía sus respectivas almas.

FEDERICO URALES.

LOS SEPULCROS BLANCOS

DRAMA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

J A I M E B R O S S A

ACTO SEGUNDO

(CONCLUSIÓN)

Mario. Vamos, Guillermo, dejemos solas á Juana y á Sofía. Mi prima quiere tener una explicación.

Guillermo. *(Mirando con recelo á su mujer y dirigiendo á Sofía una mirada cariñosa. Esa mirada la conforta y la prepara para la tempestad que se aproxima. Guillermo pasa junto á Sofía, y vigilando á su mujer, dice en voz baja las siguientes palabras):* Confía en mí.

(Oyendo esto Sofía se rehace por completo y su cara toma una expresión brillante é indefinible. Mario y Guillermo se dirigen al fondo; el primero saca su petaca, y ofreciendo tabaco á Guillermo, dice alegremente):

Mario. ¿Quieres fumar, Guillermo?

Guillermo. No.

Mario. Hombre, sí. Te servirá de aperitivo.

Guillermo. *(Con indiferencia).* Venga.

(Se detienen para encender el cigarro y desaparecen juntos. La escena continúa silencio sa. Sofía siente tentaciones de hablar, pero no se atreve. Después de vacilar un rato, toma un libro de la sillita y lee; al mismo tiempo Juana hace ademán de hablar, pero también duda.)

Juana. *(Volviendo con resolución).* ¡Sofía!

Sofía. *(Levantando la cabeza).* ¡Juana!

(Han de llamarse al mismo tiempo y contestarse simultáneamente.)

Juana. ¿Qué?

Sofía. ¿Qué?

(Las dos quedan un rato sin hablar, y Juana, dirigiéndose á Sofía, pero sin mirarla, dice):

Juana. Quiero hablar contigo.

Sofía. Yo también.

Juana. Supongo que estás ya dispuesta á hablar de lo que debemos hablar.

Sofía. Sí; y estoy impaciente por hacerlo.

(Durante esta conversación entre Sofía y Juana, la primera no se mueve nunca de su asiento, mientras la segunda va de una á otra parte, según el estado de interior agitación que la sacude y sin atreverse nunca á mirar á Sofía cara á cara.)

Juana. Está bien; pues concluyamos pronto, porque esto no es vivir. *(Como hablando consigo misma.)* No duermo, no como, no sosiego.

Sofía. *(Pausada y melancólicamente).* Sí; comprendo que he acabado con tu tranquilidad.

Juana. *(Excitándose).* No podía ser de otro modo. Recuerda que nuestra familia es la más antigua y respetada en toda la comarca; que este caserón ha presenciado todos los esfuerzos llevados á cabo desde que seres humanos viven en estos cortornos; que jamás una lengua maliciosa murmuró de nuestra reputación incólume; que la honra de la familia ha sido siempre inmaculada... *(Sofía sonrte ligeramente.)* ¿Mientras acaso? Demasiado conocía tu cinismo; pero no creía que llegases con él hasta burlarte de la tradición de nuestra familia.

Sofía. Debo advertirte, Juana, que el pasado de nuestra casa me interesa poco; yo he de preocuparme del presente.

Juana. Nuestra familia había sido honrada, hasta que tú, con tus desdichadas aventuras, nos has echado un borrón, del que nunca podremos redimirnos. *(Sofía la mira atónita.)*

Sofía. *(Con calma).* No veo en todo esto nada que conduzca al remedio de nuestra situación. Hasta ahora, únicamente he escuchado injurias, que te perdono porque son una consecuencia natural de tu carácter.

Juana. *(Encolerizándose).* ¡Cómo! ¿Negarás que sea cierto lo que digo? La opinión pública te tiene por una mujer perdida.

Sofía. Yo no hago caso de la opinión pública; la desprecio. No quiero que tenga ninguna autoridad sobre mi conciencia, mis actos ó mi manera de pensar. No hago como tú, que eres esclava del qué dirán.

Juana. ¡Ah! He aquí las ideas que te han desencaminado. La sociedad tiene una moral para juzgar la conducta de los individuos que viven en ella. Todos hemos de someternos á sus principios absolutos; sin ellos no hay sociedad posible.

Sofía. Pues yo no he querido someterme á lo que tú llamas moral de la sociedad, porque la creo un conjunto de prejuicios y de convenciones. Quiero ser libre. Mi conciencia ha de ser mi única norma.

Juana. ¿Es decir que he de perder toda esperanza de que te arrepientas y te conviertas, abjurando de tus errores? ¿Quieres continuar viviendo con escándalo fuera de la religión que nos han enseñado nuestros padres?

Sofía. No puedo ser distinta de lo que soy, ni veo error ninguno en mi vida interior, ni creo que viva con escándalo. En cuanto á la religión, me siento superior á ella.

Juana. *(Con despecho).* ¡Dios mío, qué orgullo! *(Silencio. En voz baja, como hablando consigo misma).* ¡Y yo que la creí llegada al puerto de salvación!

Sofía. *(Con calma.)* Si tú tuvieras calma, Juana; si no fueras una víctima de tu propia cólera, yo te diría lo que deseo; y si me escucharas y pusieras atención á mis peticiones, tal vez nos entenderíamos.

Juana. Lo considero imposible; tu rebeldía es tan grande, que me pone fuera de mí. No puedo comprender que, después de tu pasada vida de licencia y disipación, pretendas todavía venir aquí á imponerme condiciones.

Sofía. *(Con tristeza).* Ya sé que todo lo que hay aquí es tuyo; que eres propietaria de la hacienda Fontanals, la más rica de estos alrededores, y que yo lo he perdido todo, que no tengo nada, y que puede hacerse de mí todo lo que quieran los demás.

Juana. *(Con satisfacción salvaje).* Yo no tengo la culpa de que estés en la miseria. Tú te lo has buscado.

Sofía. *(Con tristeza).* Y ahora pretendéis obligarme á que me enmiende, no por la persuasión, sino por el hambre.

Juana. No queda otro remedio. Cuando alguien demuestra haber perdido el tino y carecer de voluntad, se hace igual que los niños; necesita una persona de juicio que lo guíe y lo gobierne.

Sofía. *(Con calma).* Veo que no podremos entendernos. Tú no has venido con espíritu de conciliación y armonía, sino para imponerme tu manera de vivir, y ya puedes comprender que yo soy yo y tú eres tú.

Juana. Conozco tu orgullo.

Sofía. Y yo conozco el tuyo. Tu espíritu es esclavo de todo lo que puede ser esclavo en este mundo; pero puedes hacer lo que quieras dentro de la sociedad, porque no te faltan medios. *(Con tristeza.)* En cambio, yo soy libre por dentro; mi alma se posee á sí misma, pero no puedo realizar mi libertad, porque soy pobre.

Juana. *(Con inquietud).* ¿Quieres escuchar el plan de vida que yo te propongo para tu mejora y perfección moral? *(Sofía no contesta.)* Pues sigue los ejercicios religiosos que el padre Angel te ha recomendado, y despójate de todos esos entusiasmos por las bellas artes y demás sandeces que son propias para los hombres, no para las mujeres; y si por ventura te sientes inspirada por la gracia, entra en un convento. *(Sofía se levanta atónita y vuelve á sentarse.)* Si eso no es posible, ya convertida y arrepentida, yo me encargaré de tu manutención en una casa amiga, lejos de Barcelona y de tus antiguas relaciones y amistades, donde hagas una vida tranquila y religiosa, de recogimiento y edificación.

Sofía. ¡Qué cruel eres!

Juana. ¿Yo cruel? ¿Yo, que deseo tu bien y tu redención moral en este mundo y el perdón en el otro?

Sofía. *(Con energía).* Es imposible que lleguemos á entendernos.

Juana. Pues ¿qué quieres?

Sofía. Yo no abandono por nada del mundo mi vocación. Ella me da la fuerza moral que todo sér humano necesita para vivir, y en ella está el único ideal que yo

siento y puedo sentir. Fuera de mi arte, fuera de mis sueños, me falta aire para respirar y la vida se me acaba.

Juana. *(Con perfidia).* ¿Y los medios?

Sofía. Ya sé que nada tengo, que vivo de limosna. *(Silencio.)*

Juana. ¿Es decir, que no quieres convertirte ni enmendar tus pasados yerros?

Sofía. No puedo.

Juana. Pues siendo así, no puedo permitir de ningún modo que continúes viviendo en esta casa. No he de llevar la tolerancia hasta el punto de permitir el escándalo.

Sofía. Saldré de aquí. Tú y yo somos incompatibles. Tenemos la misma sangre; pero así y todo, son tan diferentes nuestras almas, que no pueden vivir juntas en armonía.

Juana. Eso sería posible si tú no fueras como eres. En esta comarca todos recuerdan tu pasada vida; tu reputación es pésima, y yo no he de perder mi buen nombre teniéndote á mi lado. Si no cambias, has concluido para mí. *(Silencio.)*

Sofía. Tienes razón. Hemos concluido.

Juana. Cumpliré lo que me dicten mi conciencia y mis creencias cristianas. En mi casa no consiento el vaho de impureza de que tu vida está impregnada. *(Silencio.)* Pero no te creo de alma tan perversa que estés convencida de obrar bien. Es imposible que no veas tus errores; sólo que te niegas á confesarlos. No quiero apremiarte, sin embargo; te doy ocho días de tiempo para que tomes una resolución.

Sofía. No pensamos como queremos y lo que queremos, ni queremos lo que pensamos. No he de resolver el camino de mi porvenir por lo que me dicten tus imposiciones. El presente no nos lo hacemos nosotros, y, sin embargo, en lo que hoy hacemos está el bien y el mal de nuestro mañana. Tú me sitias por hambre y me arrojas de la casa de nuestros padres; cuando vine á ella creí que serías más humana.

(Se levanta y se va. Pausa. Entran Guillermo y Mario: el primero se sienta en una silla y el segundo en una mecedora. Juana pasea con inquietud.)

Guillermo y Mario. *(A Juana).* ¿Qué?

Juana. *(Nerviosa).* Es imposible que nos entendamos, y esto ha de concluir. No podemos vivir las dos juntas en la misma casa.

(Guillermo palidece y queda confundido.)

Mario. *(Con sorna).* Id en busca del padre Angel, á ver si da con algo práctico.

Juana. Tú todo lo echas á broma, Mario. ¡Yo quisiera verte en un conflicto como este en que me encuentro!

Mario. Te encuentras porque quieres.

Juana. ¿Qué quieres decir?

Mario. De todo lo que aquí pasa yo no echo las culpas á Sofía.

Juana. ¿Pues á quién?

Mario. A ti.

Juana. ¿A mí?

Mario. Sí, á ti.

Juana. *(Con cólera).* Tú te has propuesto desesperarme. Ya sé que la abonas á ella siempre *(con rabia)*; pero dime: de su situación actual, ¿quién tiene la culpa?

Mario. Eso no quiero discutirlo; lo pasado, pasado. Yo veo únicamente que debe tenderse una mano á Sofía, porque es y debe ser una gran artista.

Juana. *(Con sarcasmo).* ¡Una gran artista! No le conozco nada que valga nada, ni le han aceptado nunca cuadro alguno en ninguna Exposición.

Mario. Te equivocas. En materia de valer ó no valer, tú no eres nadie para juzgarla.

Juana. Muchas gracias.

Mario. Es la verdad. Respecto á lo segundo, ahora precisamente, en la actual Exposición, le han admitido un cuadro, que es para mí lo mejor que ha hecho.

Guillermo. *(Interesándose).* ¿De veras?

Mario. Lo que oyes.

Guillermo. ¿Y con qué asunto?

Mario. No puede ser más interesante, ni más poético, ni más triste: *Volviendo de despedir al soldado.*

Guillermo. ¡Qué asunto más raro!

Mario. Es sencillo; de una verdad que sugestiona, pero que encierra un terrible simbolismo.

(Silencio. Juana toma un abanico y, haciéndose aire, sale á la galería.)

Guillermo. Esta situación es insostenible.

Mario. Tu mujer es terca.

Guillermo. ¡Son las dos de un temperamento tan opuesto! Oye, Mario; ¿y si la llevaras á tu casa?

Mario. Me da miedo tener á Sofía á mi lado. He sido su mejor amigo viviendo lejos de ella; pero cerca... me da miedo.

Guillermo. Miedo... ¿Por qué?

Mario. Miedo de enamorarme de ella. Es la mujer más sugestiva que he conocido.

Guillermo. Tal vez tengas razón.

Mario. Estoy seguro de ello. *(Silencio.)* Me parece que la siento venir. Voy á hacer el último esfuerzo por convencer á Juana.

(Cuando Mario está en el dintel de la puerta que conduce á la galería, aparece Sofía en la del costado.)

Sofía. *(Con resolución).* ¡Mario!

Mario. Ya vuelvo.

Sofía. *(A Guillermo).* ¿Por qué se va?

Guillermo. Seguramente á acompañar á Juana. *(Silencio.)* ¡Lo llevabas muy calladol...

Sofía. *(Con displicencia).* ¿Qué?

Guillermo. Que tenías un cuadro en la Exposición.

Sofía. *(Animándose).* Quién te lo ha dicho, ¿Mario?

Guillermo. Sí.

Sofía. Pues no lo sabía.

Guillermo. ¿De veras?

Sofía. Lo presenté; pero no sabía que lo hubieran admitido.

Guillermo. Hará ya mucho tiempo que lo presentaste, porque justamente hoy he leído en el diario que ha de reunirse el Jurado para adjudicar los premios.

Sofía. Tampoco lo sabía.

Guillermo. ¿Es posible que lo hayas mirado y sigas mirándolo con tanta indiferencia?

Sofía. Hace más de tres meses que estoy enferma y tan abstraída en mí misma

que no he podido acordarme de mis obras. Además, yo no lo presenté; fué Mario.

Guillermo. ¿Pero cómo te enamoraste de un asunto tan triste?

Sofía. Yo misma lo ignoro. Recuerdo solamente que, yendo hacia el puerto una mañana de primavera, una mañana triste, brumosa, de angustia y de miseria para mí, porque me pasaba los días casi sin comer, vi un grupo que formaban un viejo, una mujer y dos niños, el uno de unos tres años y el otro mamando todavía. El anciano y la mujer lloraban. Me acerqué á ellos para preguntarles por qué estaban tristes. Me respondieron que acababan de despedir al padre de los niños, que se había ido á la guerra. No pude apartarme de ellos sin llorar. Y este es el cuadro. *(Silencio.)*

Guillermo. ¿Y cómo has olvidado de esta manera una obra hija de tus lágrimas?

Sofía. Porque las lloradas por mis propios sufrimientos me han hecho olvidar las que lloré por las de los otros.

Guillermo. *(Acercándose á Sofía.)* ¡Has debido sufrir mucho, pobre Sofía! Tu vida les parece á todos una orgía imperdonable y licenciosa, y yo la veo ahora como un calvario donde expías el haberte lanzado á correr por un mundo desconocido.

Sofía. Ya comienzo á perder la esperanza de encontrar un techo donde cobijarme. ¡Qué será de mí! *(Llora.)*

Guillermo. *(Tomándole una mano.)* ¡No te desconsueles, Sofía. Yo no te abandonaré nunca.

Sofía. Pero perteneces á otra mujer.

Guillermo. No, Sofía, ya no pertenezco á nadie; después de una tempestad interior he recobrado mi derecho á vivir para mí.

Sofía. ¿Qué dices? ¿Hablas seriamente?

Guillermo. Sí; te lo juro.

Sofía. ¡Oh! Te creo, Guillermo.

Guillermo. Ahora sólo pienso en el bien que puedes hacerme y en el que yo puedo hacerte.

Sofía. *(Tomando las manos de Guillermo.)* Gracias, Guillermo.

Guillermo. No has de agradecerme nada. No soy yo el que te redimo, sino tú que me has dado fuerzas para volver á encontrarme á mí mismo. He reconquistado de nuevo mi libertad.

Sofía. *(Palideciendo y acercándose á Guillermo emocionada, y en voz baja.)* Guillermo, ¿es verdad lo que dices?

Guillermo. *(Emocionado, con voz ronca y pausada.)* Sí, Sofía. Despierto de un sueño que me había hundido en el desconomiento de mí mismo. He palpado en las tinieblas para volver á encontrarme, y tú has sido la luz que me ha guiado. Quiero redimirme de la esclavitud en que he vivido hasta ahora; quiero trabajar, quiero gozar de mi existencia, quiero realizar mis antiguos propósitos; quiero ver en mis brazos... *(Dudando.)*

Sofía. ¿Qué?

Guillermo. *(Con vehemencia.)* ¡Un hijo! *(Silencio.)* Hace días que sueño en escapar contigo, pensando que has de llevarme á la tierra de promisión. ¿Podrás?

Sofía. *(Con entereza.)* Estoy segura de ello. En lo más profundo de mi corazón siempre te he tributado un culto de amor. Como te he dicho antes, lo que más me ha desesperado ha sido la soledad, la falta de afecciones en torno de mi vida.

Guillermo. ¡Oh, sí; conozco esa angustia! Yo también he sentido el vacío de la soledad.

Sofía. ¡Y pensar que desde mi emancipación, desde los días de mi libertad, he sido como un pájaro loco, volando hacia un ideal vago, porque nunca he sabido con certeza lo que quería y anhelaba! Pero la continua falta de amor me endurecía, llegando a punto de sentir sobre mí todo el cansancio de la vida y desear mi propia desaparición. Sólo en tu compañía puedo renacer. Lejos de ti, tal vez no tenga bastante fuerza de voluntad para vivir. ¿Y tú crees que podrás desprenderte de la vida que llevas?

Guillermo. Para mí es cuestión de vida ó muerte. No puedo continuar viviendo como lo he hecho hasta ahora.

Sofía. ¿Y confías en que yo podré colmar tus deseos?

Guillermo. Sí, Sofía, sí. Tu vida puede colmar los del hombre más exigente. Tú eres en estos momentos mi amor, mi esperanza, mi única fe, la norma que puede conducirme a la realización de los ideales que yacían adormecidos en el interior de mi espíritu. Tú los has despertado y yo te quedo agradecido y me dispongo a seguir la ruta que ha de conducirme al ideal.

Sofía. Gracias, Guillermo. Tu resolución me conforta. Tú me salvas quizá de la muerte; tú me haces querer la vida. Pongo toda mi confianza en ti.

Guillermo. *(Con inquietud).* Disimulemos; oigo que alguien habla en el jardín.

Sofía. Mientras coméis, quisiera pasear un poco; pero estoy muy débil para hacerlo sola; Rafael podría acompañarme.

Guillermo. Tienes razón.

Sofía. *(Apasionadamente).* Adiós, Guillermo. ¿Vendrás conmigo mañana?

Guillermo. Sí. *(La coge las manos, la abraza y la besa en los labios. Después de un largo silencio, alguien da con los nudillos en la vidriera del fondo. Se separan).* Entre. *(Petra entra).* Di a Rafael que venga. *(Petra se va, cerrando las vidrieras).* Adiós, amada mía.

Sofía. Mañana comenzará para mí una vida nueva. *(Vuelven a llamar en la vidriera.)*

Guillermo. Adelante. *(Entra Rafael quitándose la barretina de la cabeza y la pipa de la boca.)*

Rafael. ¿Qué mandan ustedes?

Sofía. Rafael, ¿quieres acompañarme a dar un paseo por el jardín, ahora que hace sol?

Rafael. Sí, señora; con mucho gusto.

Guillermo. Pues dale el brazo y no fumes.

Rafael. No tenga miedo.

Sofía. Andando, pues. *(Sofía se levanta, y al brazo de Rafael, sale por la puerta del fondo; Guillermo la contempla embelesado.)*

TELÓN PAUSADO





SECCIÓN LIBRE



TOLSTOI

Cuando el telégrafo anunció la grave enfermedad de Tolstói, un estremecimiento de ansiedad se apoderó de muchos corazones.

Estas manifestaciones expansivas prueban que el autor de los *Mandamientos de la paz* merece del mundo en que vive excepcional importancia, perfectamente explicable en todo hombre que lucha para el bien de sus semejantes.

Lamentamos que el ambiente, como hemos dicho otras veces, malpare organismos extraordinarios, alejándolos de la Naturaleza, cuando la vida huye de ellos; pero encontramos satisfacción en reconocer en el revolucionario ruso cualidades personales dignas de ser imitadas.

«Tolstói—dice Gustave Geoffroy en *L'Aurore*, de París—ejerce actualmente en Europa, y en el mundo entero, una influencia considerable, adquirida escribiendo, impulsando, declarando con firmeza que las sociedades actuales viven inicualemente, que la existencia de los privilegios se alimenta de la debilidad de las masas, que no cabe invocar pretextos cuando lo malo es siempre malo y que precisa, por lo tanto, escoger entre la verdad y la mentira. El ha demostrado, con una evidencia aplastante, que todas las enseñanzas conocidas eran falsas y que la civilización llamada cristiana era todo lo contrario; Tolstói ha sido el adversario y el destructor de los convencionalismos, detrás de los cuales se abrigan los intereses.»

Su honrada palabra ha conquistado en estos tiempos en el orden moral un poder inmenso. Es imposible refutar sus afirmaciones; es incontestable cuando refiere lo que debe hacerse. Aquellos á quienes acusa de vivir fuera de la verdad se ven obligados á inclinarse ante el hombre que les habla y á admirar la elocuencia que les castiga. Murmuran ante las denuncias que les condena porque no les es posible controvertirlas. El pacto social y la necesidad de conservar el orden establecido, es cuanto podrían alegar contra el inflexible lógico; pero esto, confiesan tímidamente, denuncia que el pacto sostenido para salvaguardia del orden existente cubre los más afrentosos desórdenes, originando que la vida de la sociedad sea tan pobre, tan lamentable, tan desesperada, tan inconsciente.

Y si Tolstói perturba é irrita á aquellos que se sienten atacados en lo que les es más querido, en los bienes que ellos poseen y en los goces de que disfrutaban, conmueve á la vez á los hombres dotados de sensibilidad y reflexión.

Para convencerse del sentimentalismo superior de este hombre, reproduciremos, sin que esto signifique que en absoluto admitimos su criterio, la notable descripción que el mismo Gustave Geoffroy hace de su hermoso libro *Resurrection*. La emoción y la fiebre se agita cada vez más en el lector. Es imposible dejar de sentir enojo cuando el escritor demuestra la diferencia que existe entre la vida aceptada y el ideal que propone. Por momentos, uno detiene su lectura y aquel espíritu grande, magnífico, que

se admira, aparece duro, bárbaro, antinatural. Parece que los sacrificios que exige son sobrehumanos, porque uno cree que no es posible abandonarlo todo, que viviendo entre los hombres es forzoso vivir con sus convencionalismos, con sus prejuicios que, á consentir con lo que Tolstoi señala, sería condenarse á la ineptitud y á la muerte.

Luego vuelve á abrirse el libro y de nuevo se encuentra el sabor de lo verdadero por la amargura de la justificación y del consejo, reconociendo que no era á una vida antinatural donde su filosofía conduce, sino á la verdadera vida natural, y que no existe cosa en ella imposible de realizar.

El príncipe Dimitre Ivanovitch Nekhludon, al reflexionar sobre su conducta, cuando, ante el tribunal de Petersbourg, en el que ejerce de jurado, aparece como acusada Maslova, en quien reconoce á Katucha, seducida por él hace nueve años, se siente culpable. Maslova era entonces una hermosa joven blanca y rosada, de ojos negros, ingenuos y encantadores, que miraban con cierta traición natural. Era de una deliciosa vivacidad, obediente, ávida de la vida. El príncipe conocióla en casa de sus tíos, que la habían recogido y tomado como doncella. El joven venía á pasar la época de vacaciones. Por la pradera el príncipe y Katucha jugaban y corrían y se besaban detrás de un espesillo de arbustos. Todo lo acometían con la pureza, con la gracia, con el ardor de la adolescencia. Ambos se separaron, puro los dos, para verse de nuevo tres años después, antes de que el príncipe partiera para el ejército.

¡Qué cambio! ¡Qué alteración! Antes era un joven leal y desinteresado, dispuesto siempre á abandonarse por completo á cuanto creyera un bien; ahora es un egoísta, un disoluto, no preocupándole más que su goce personal. No ha mucho, el mundo le parecía un enigma que él procuraba descifrar con un entusiasmo admirable; ahora todo le parece claro y sencillo, subordinado á las condiciones de su vida personal. Ayer consideraba importante y necesario comunicar con la Naturaleza y con los hombres que habían vivido, pensado y sentido antes que él, los filósofos y los poetas del pasado; ahora considera necesario é importante vivir en comunicación con sus compañeros, conformarse con las costumbres de su casta. Antes creía ver en la mujer una criatura misteriosa y encantadora, cuyo encanto dependía del misterio mismo; ahora la mujer, á sus ojos, tiene un sentido muy preciso y muy definido; era para él un objeto de placer que conocía y gustaba... Y esta transformación tan profunda que se había verificado en él, era consecuencia de haber dejado de creer en sí mismo para creer en los demás.

Nekhludon transformado así, seduce á Katucha, representándose siniestra, espantosa, de una verdad cruel la persecución que el joven brutal hace á la niña de diecinueve años, desarrollándose una escena de seducción, terrible, como un asesinato, donde el uno amenaza y arrebató y la otra rechaza, lucha y cede, mientras que allá lejos la primavera se dilata, el estanque se deshíela, las aguas murmuran y las aves cantan.

Al día siguiente un billete de cien rublos. Katucha queda aterrorizada y el príncipe marcha esta vez para no volver más. Katucha está en cinta, vese arrojada de todas partes, injuriada, aborrecida; alumbra y el niño muere. Busca el pan de la vida entrando de sirviente en algunas casas, donde, paso á paso se ve vencida para ser pasto de la lujuria de sus dueños. En fin, resbala y cae. ¿Dónde? En una casa de prostitución.

Un día ocurre un crimen en el que aparece sospechosa de complicidad y vemos á la infeliz muchacha ante el tribunal donde el príncipe Nekhludon ejercía ministerio.

Es imposible trazar en un artículo todos los detalles de esta obra. Baste saber que el juez se condena á sí mismo, reconociéndose culpable. La pobre Katucha, tan hermosa, tan vivaz, convertida en Maslova, la prostituta, una de las más impresionables criaturas que ha animado el genio de un escritor, es condenada á trabajos forzados en la Siberia por un crimen que no ha cometido.

Nekhludon quiere salvarla; pero no logra conseguirlo, y en el instante mismo en que se pronuncia la sentencia, se opera en él una profunda transformación, remueve las cenizas de un pasado horroroso y jura salvarla, recordando que él fué el autor de su desgracia. Si ella va á Siberia, él irá también; si ella lo consiente será su esposo. Recorre todas las fases que provoca situación semejante: irresolución, tristeza, desesperación.

¡Con qué aflicción encuentra á Katucha abrumada, silenciosa, bebiendo aguardiente y pidiéndole dinero! ¡Y qué extraño furor alumbra la inteligencia de aquella mujer cuando él, á fuerza de recordarle su pasado, le pide perdón proponiéndole el casamiento! «Y bien, sí; yo estoy borracha; pero sé lo que digo», contestó ex abruptamente, y toda la sangre se agolpó en su rostro. «¡Yo soy una mujer pública, una condenada á presidio, y vos, señor, un príncipe! Nada tenéis que hacer conmigo. ¡Id á juntaros con las princesas! ¡Vete de aquí; yo te detesto... Todo lo tuyo me disgusta. Vete. ¡Vete de aquí!» Luego acabó confundida en lágrimas.

Estas lágrimas anuncian la resurrección de la infeliz Katucha. Tolstoï lo indica con arte narrativo admirable.

La idea que campea en toda la obra es de un sabor místico y elevado. Nosotros no podemos aceptar, como regla, el olvido de satisfacciones que representan un derecho natural, por más que estas impulsiones choquen con el medio educativo imperante. Entendemos que ciertos sacrificios aumentan la impureza de las religiones. La armonía entre las relaciones de unos con otros seres no puede fundarse en el sacrificio. La ciencia verdad nos señala más hermosos rumbos. Pero de todos modos es imposible dejar de reconocer que la doctrina de Tolstoï representa en la Rusia contemporánea el acicate que restaña las heridas producidas por un régimen bárbaro y despótico.

Quizá Tolstoï lo habrá reconocido antes que nosotros.

LEOPOLDO BONAFULLA.

BOSQUEJOS

EL FENICIO

Siempre aferrado á los talegos y fija la mente en la ganancia, corre hacia donde ve el lucro. Su pecho es de nieve, nada late en él, y si alberga un alma no lo parece, porque, astuto, suele guardarla casi siempre en la caja. Nada amativo en su ser, nada que se parezca á una afección humana. Su tarea es contar, y su ideal lo dicho: el lucro.

Adelantos del siglo, progreso, moralidad... ¡palabras huecas! Si algún invento admira, es aquel que pueda aportarle un mayor producto. Fuera de esto, ni sabe ni quiere entender nada. Por ejemplo, el arte y lo que con éste se relaciona... ¡Qué tiempo más lastimosamente perdido! Si se detiene á contemplar una maravilla científica

cualquiera, lo único que se le ocurre es preguntar: —¿Cuánto rinde? Convencionales su honra y su nobleza, las cifra en un guarismo. Paga, eso sí; como que en el espacio de una *factura* lo ve él todo. ¡No hay más allá!... ¿Que los sabios investigan, que la ciencia inquiere, que el arte brille, se estaciona ó renueva nutriendo el humano espíritu; que el problema llamado social da que hacer y que pensar á todos cuantos se afanan por el bien común?... Nada; él no ve otras *luces* que las que alumbran su holgado bufete, donde invierte las horas, los días, meses y años en una sola aspiración. ¿Alguien padece? ¡Ya se ve, como que la vida es esto: un sufrimiento! ¿Hay quien presagia calamidades? ¡Vaya una novedad!... siempre las hubo. Precisamente es por esto por lo que hay que escudarse, *blindarse*. Y el blindaje mejor está fuera de toda duda que es el oro, digan lo que quieran los moralistas... y los ingenieros navales.

¿Al verificar el arqueo arroja éste un saldo favorable? Pues adelante. Ni falta mercancía, ni escasean los medios; forma parte de un sindicato que acaparó un artículo de primera necesidad; escasea éste (ya se contó con ello), y entonces, en el momento oportuno, la especulación echa el resto y el fenicio se regocija viendo cómo triplica el capital. Lo débil padeció; pero eso, ¿qué?... ¿No se matan los hombres á veces por capricho?... ¿No hay guerras?... En efecto, y que las haya no viene mal tampoco, siempre que se pueda especular, sea por el agio, sea por otros medios, que no faltan. A veces, hasta se las echa de generoso, hasta se le antoja alardear de patriotismo. Y entonces... entonces, ó presta sobre seguro ó cede su flota, si tal tiene, por unos miserables millones. ¿Ciencia *dixisti*? ¡Holal, sí, la que exige el tráfico; ésta es la buena, la única. ¿Libros? Hélos ahí arrogantes, voluminosos, soberbios, luciendo sus lomos en los armarios y estantes de la oficina. En sus páginas hay la mejor... ó la *mayor* sabiduría, la mayor elocuencia: la de los números. No contienen ideas, sino hechos. A ellos acude siempre y en todos los casos, porque encierran lo positivo. Es un erudito *de la cantidad*. ¿Letras? Sí, las de cambio. ¿Patria? Ya lo hemos dicho. ¿Filosofía? El tanto por ciento. ¿Religión? Bueno, sí; la que haga perder menos tiempo y, llegado el caso, prometa el Paraíso á cambio de algún dispendio.

El fenicio tiene su ambiente, su órbita, creado todo por él. Cuando no respire *eso*, dejará de ser. Dejándole á su sabor, ¡qué hinchadol.. Lleno el bolso, cerrado el puño, guardada el alma, ve arrastrarse á los que él llama pigmeos, á los cándidos, á los incautos; mira cómo pululan los seres *inferiores*, los ilusos... Y grave, altivo, con la formalidad del paquidermo, la seriedad del asno, sigue con su habitual tarea: ¡contar, contar... y contar!

S. GOMILA.

TRIBUNA DEL OBRERO

ENTRE JARAS Y BREZOS

III

EL SEÑOR FELIPE.

El padre de Elisa, hombre en extremo ambicioso, especie de rey Crespo, no tenía más placer que aumentar su hacienda, obstáculo grande para la felicidad de su hija, puesto que amaba á un joven que tenía menos que ella, y esto no había de consentir-lo él; pero contra la voluntad del padre está el corazón de la hija, y muy en breve aquella casa, todo quietud y todo calma, sería agitada por la guerra doméstica.

Elisa, huérfana de madre desde muy joven, había sido educada por una tía suya, hermana de su padre, que, viuda y sin tener hijos, la había adoptado por hija, amándola como tal, y pensaba dejarla, á su muerte, todo su capital. Pero, por muy grande, por muy intenso, por muy fecundo que fuera el amor de la tía hacia la sobrina, nunca, ni con mucho, podía igualar al de una madre amantísima.

De aquí se infiere, que esta mujer tampoco se había de mostrar muy conforme con los deseos de su sobrina, mirando más por su engrandecimiento que por su felicidad, y pensaba casarla, de acuerdo con su hermano, con un hijo de un hermano de su difunto esposo.

Es una estupidez insigne querer casar á los hijos con quienes apenas se conocen ni se aman, sin su tácito consentimiento.

Elisa y Pedro siguieron viéndose y hablándose todas las noches, y mil protestas de amor se juraron en aquellas cortas y fugaces entrevistas.

En sus conversaciones, Pedro le indicó á Elisa los temores que tenía con respecto á su padre, al cual no se atrevía á pedirle su mano, por temor á que lo rechazara, pues su modestia y lo pobre de su posición, no le recomendaban mucho.

Ella, por su parte, le animaba y le decía que á él, y solamente á él, sería al hombre que amaría, quisiera ó no su padre.

Por fin, el joven se decidió á hablarle pidiéndole su consentimiento para aquellas relaciones; pero el padre de Elisa lo recibió con mucha frialdad y se negó rotundamente á ello, diciéndole que no le convenía, que estaba resuelto á impedir aquellas relaciones, aun en contra de los deseos de su hija, y que desistiera de sus pretensiones porque no adelantaría nada.

El joven se despidió de aquel hombre que se oponía á su felicidad, muy desalentado, cabizbajo y triste.

Por su parte, el padre de Elisa, cuando se hubo visto libre de aquel necio, llamó á ésta, y en vez de aconsejarla con razonamientos paternales la riñó irritado por haber atendido á aquel jóven, considerándolo indigno de entrar á formar parte de su familia.

Esto no lo pudo escuchar la joven sin que su corazón se sublevase, y le respondió á su padre con valor, con ese valor propio de la mujer cuando se trata de deshonorar al hombre á quien ama.

—¡Oh! padre mío, todo lo sufro y sobrellevo menos que ofendáis al hombre á quien amo; decís que es indigno de entrar á formar parte de nuestra familia; ¿qué tenéis que reprocharle? ¿No es honrado? ¿No es trabajador? ¿No es bueno? ¿Es quizás porque sus padres no tienen tanto como usted? Pues si es por esto, yo no quiero riquezas, yo quiero ser feliz, y únicamente puedo serlo casándome con él.

—¿Ignoras acaso, que yo y tu tía te tenemos prometida á Arturo para cuando termine sus estudios?

—A Arturo yo no le amo, ni él puede amarme tampoco porque no me ve ni me trata, y aunque él me amase, yo no puedo amar á nadie más que á uno, y ese uno es Pedro.

—Pero, niña, considera que yo quiero tu felicidad, y que ese joven de quien parece estás enamorada, no te puede ofrecer nada, y, en cambio, Arturo te promete mucho, siendo un hombre de carrera.

—Un hombre de carrera, sí; pero también es un hombre sin conciencia, un jugador, un libertino. Ya visteis lo que hizo cuando estuvo aquí el año pasado, por vacaciones,

con la pobre Rosita; la deshonró, y después la olvidó, volviéndose ella loca de vergüenza y de dolor, y como la familia de él y su padre son los más ricos del pueblo, todo se ha callado y olvidado.

—¡Bah!... Eso, hija, no tiene importancia. Ligerezas de jóvenes.

—Es decir, "padre"—replicó la joven en tono resignado, al parecer—que sin yo amarle y contra mi voluntad me queréis casar á la fuerza con él, haciéndome desgraciada para toda mi vida.

—Ya le amarás, hija, ya le amarás—contestó su padre con acento dulce y cariñoso. A lo que ella, elevándose más de lo que era, replicó con energía:

—Eso nunca, jamás; y nunca me casaré con un hombre á quien no amo.

—Hija, tú quieres que yo quede en mal lugar con mi buen amigo, su padre, por un capricho tonto tuyo, cuando esto lo tenemos tratado desde cuando érais chiquitines. Si viviera tu madre te diría lo mismo que yo te digo.

—¡Ah! ¡Si viviera mi madre! Si viviera mi madre, ella no se opondría á mi felicidad, y nunca, por todo el dinero del mundo, me sacrificaría, como usted pretende sacrificarme, casándome con un hombre á quien aborrezco, á quien odio.

El hombre perdió la paciencia por el tono altanero con que su hija pronunció estas últimas palabras. Se levantó de la silla que ocupaba, colérico y amenazador, que hizo estremecer á la jóven y la dijo:

—Pues bien; yo te juro que no te casarás con ese joven á quien tú quieres.

—Pues no me casaré con ningún otro—replicó Elisa con el más sublime valor, que rayaba en lo dramático.

Su padre, ya fuera de sí, la asió por un brazo que la hizo exhalar un ¡ay! desgarrador, y exclamó:

—¿Qué dices, insensata! ¿De esa manera te atreves á contestar á tu padre? Y añadió: Te casarás con quien yo quiera, ¿lo entiendes? Con quien yo te mande, ¿lo oyes?

La infeliz Elisa lloraba amargamente, y su padre con tono acre, la mandó que se retirara.

La jóven se retiró á su cuarto, y allí lloró amargamente mesándose los cabellos.

Entonces su padre, apenas hubo salido su hija de la sala, tiró con ira una novela que estaba puesta sobre una mesa, y las páginas desencuadradas se esparcieron por toda la habitación.

Después, cuando se hubo calmado un poco, dijo para sí:

—Diablo de muchacha, que has venido á amargar los últimos días de mi vida. En cuanto á ese babeiaca de Perico, yo le haré comprender su necedad y su torpeza en haber fijado su vista en mi hija. ¡Habrás visto simpleza! Pues eso me faltaba; que después de haber trabajado tanto para que mi hija sea rica y poderla casar con un hombre de nuestra clase, ese imbécil de Pedro, que apenas tiene nada en comparación de mi capital, se fuera á casar con mi hija. ¡Bah! Lléveselo antes todo el obispo que casarse con ella el hijo del que tantos favores me debe... ¡Eso nunca!

Y el buen hombre siguió paseándose por la estancia reprimiendo la cólera que por momentos se le subía á la cabeza.

AURELIO MUÑIZ.